

EGON WOLFF

Antología de obras teatrales

Teatro



GOBIERNO DE CHILE
CONSEJO NACIONAL DE FOMENTO
DEL LIBRO Y LA LECTURA



editores

FLORES DE PAPEL

(1970)



FLORES DE PAPEL

Estreno: 13 de noviembre de 1970,
Teatro Municipal de Las Condes.

REPARTO:

EVA (Carla Cristi)
EL MERLUZA (Jorge Álvarez)

DIRECCIÓN:

Luis Poirot

PERSONAJES

EL MERLUZA

EVA

ESCENA PRIMERA

(Escenario: Living de pequeño departamento suburbano, arreglado con esmero, con mano femenina, confortable, íntimo. Dos puertas, además de la de entrada, una al dormitorio, la otra a la cocina. Una ventana. En una jaula, un canario. En algún lugar, un caballete con un lienzo a medio pintar. Caja de óleos. En otro, figuras hechas de paja: peces, cabezas de animales diversos [burros, cerdos, gallos, etc.] La escena está vacía.

Luego entran Eva y El Merluza. Eva, 40, bien vestida, con medida elegancia. El Merluza, 30, zarzapastroso, sucio, despeinado, flaco, pálido.

Eva, que abre la puerta, entra resueltamente. Va hacia la cocina. El Merluza queda en la puerta, titubeando entrar. Trae dos grandes bolsas de papel. Tirita con todo el cuerpo. Mira la habitación con tímida curiosidad.)

EVA.— *(Volviendo de la cocina.)* Bueno, pase. ¡Pase! ¡Déjelos ahí, en la cocina! *(El Merluza entra con respetuosa cautela, sin dejar de mirar los objetos. Deja las bolsas en el suelo, en medio de la habitación.)* ¡Ahí no! En la cocina. Al lado del horno, por favor. *(El Merluza hace como le dicen. Vuelve a salir sin las bolsas. Eva ha entrado al dormitorio. Sale peinándose con una escobilla. Saca un billete de su cartera y se lo pasa.)* Aquí tiene, y gracias. *(El Merluza no toma el billete que le pasan.)* ¡Tome! ¿No me va a decir que me trajo los paquetes por nada? *(El Merluza la mira fijo.)* Bueno, entonces, muchas gracias. Ha sido muy amable. *(El Merluza no le quita la vista.)* Muy amable. No tenía por qué hacerlo. Muchas gracias.

MERLUZA.— *(Con voz impersonal; dolida.)* Preferiría que me diera una taza de té.

EVA.— *(Un poco sorprendida.)* ¿Té?

MERLUZA.— Usted tiene, ¿no es cierto?

EVA.— Claro que sí, pero... No tengo tiempo. Voy a prepararme el almuerzo y luego tendré que salir. *(Vuelve a ofrecerle el billete.)* Con esto puede servirse una taza en cualquier parte. En la esquina hay una fuente de soda.

MERLUZA.— Cualquier parte no sería lo mismo.

EVA.— *(Interesada.)* Ah, ¿no? ¿Y por qué?

MERLUZA.— No sería lo mismo. *(Siempre con su mirada fija en ella.)*

EVA.— Bueno, pero... No tengo tiempo, ya le dije. Tome y váyase, que tengo que hacer.

MERLUZA.— Abajo me están esperando.

EVA.— ¿Quién lo está esperando?

MERLUZA.— El Miguel y El Pajarito.

EVA.— ¿Los dos que nos venían siguiendo? *(El Merluza asiente.)* ¿Y? ¿Qué quieren? ¿Para qué lo esperan?

MERLUZA.- Para "pincharme".

EVA.- Y ¿qué quiere que le haga yo? De modo que era esa la razón de querer traerme los paquetes, ¿eh? Viniendo conmigo no podrían cargar contra usted, ¿eh? (*Molesta.*) Tome, y no me moleste más. ¡Tengo que hacer!

MERLUZA.- Van a matarme.

EVA.- Eso es asunto suyo. No me moleste más, le digo. ¡Váyase!

MERLUZA.- Nunca creí que fuera tan dura. No tiene cara.

EVA.- Bueno, se equivocó, entonces.

MERLUZA.- Desde que la vi, el año pasado, pintando esas flores en el Jardín Botánico, pensé que era distinta. (*Pausa.*)

EVA.- ¿Jardín Botánico? ¿Usted me vio allí?

MERLUZA.- Estaba detrás de la jaula de los loros, pintando unas matas de laureles. (*Siempre mirándola fijo.*) Tenía puesto un sombrero de paja clara, con una cinta verde... Y un pañuelo con unas vistas de Venecia.

EVA.- ¡Vaya! ¿Es un buen observador, eh?

MERLUZA.- (*Baja la vista.*) Observo ciertas cosas.

EVA.- De modo que su oferta de llevarme los paquetes... (*Turbada.*) ¿Qué me dijo que quería? Apuesto que no ha comido hoy día.

MERLUZA.- Una taza de té.

EVA.- ¿No quiere mejor un plato de sopa?

MERLUZA.- Lo que quiera darme.

EVA.- Tengo una sopa de anoche. ¿Se la caliento?

MERLUZA.- Como usted quiera.

EVA.- Bien; siéntese, mientras yo trabajo. (*Entra en la cocina. Se oye cómo se afana con las ollas. El Merluza, en tanto, queda parado donde está. No se mueve. Eva vuelve a salir después de un rato.*) Pero siéntese. No va a estar parado, ahí, todo el día.

MERLUZA.- No con esta ropa.

EVA.- No creo que a los muebles les importe. (*El Merluza saca un periódico de algún bolsillo y lo desdobra cuidadosamente, minuciosamente, y lo pone sobre uno de los sillones. Se sienta sobre él. Eva ve el gesto y se sonríe. Afirma la puerta de la cocina con una silla para que no cierre y poder hablar a través de ella. Desde la cocina.*) ¿Va mucho al Jardín Botánico?

MERLUZA.- A veces.

EVA.- ¿A ver las flores?

MERLUZA.- No. A darles maní a los monos.

EVA.- ¿Le gustan los monos? (*El Merluza se encoge de hombros.*) Yo los encuentro sucios, groseros. ¡No los resisto! Verlos, ahí, sacándose los piojos, iante todo el mundo!

MERLUZA.- Hacen lo que pueden.

EVA.- Y ¿tiene tiempo para eso?

MERLUZA.- ¿Para qué?

EVA.- ¿Ir al Jardín?

MERLUZA.- Me las arreglo.

EVA.- ¡Yo quisiera tener más! (*En ese momento El Merluza cae bajo los efectos de calambres que no puede controlar. Recorren todo su cuerpo. Tiene que aferrarse de la*

mesa para poder mantenerse en posición. Le preocupa que Eva lo vea en ese estado. Vuelve su espalda hacia la puerta de la cocina y aprieta sus brazos entre las piernas. Eva ha visto, sin embargo. Finalmente logra dominarlos.) Y ¿cómo le va ahí, en el Supermercado? Clientela, ¿encuentra?

MERLUZA.— Siempre hay alguien que le pesan los paquetes. *(Eva sale de la cocina con un plato servido con sopa y servicio para él y para ella. Pone todo sobre la mesita. El Merluza se levanta en el acto.)*

EVA.— No está muy caliente, pero supuse que le gustaría más así. ¡Siéntese!

MERLUZA.— Esta muy bien, así.

EVA.— ¡Sírvase! *(El Merluza toma el plato y comienza a cucharear de pie.)* Pero, ¡siéntese, hombre, por Dios! *(Retorna a la cocina y vuelve a salir con un huevo duro y un tomate y un vaso de leche. Los pone sobre la mesa.)* No me voy a servir si usted sigue ahí, de pie.

MERLUZA.— Es bastante... consideración la suya de convidarme con esto, para que me tome la confianza de sentarme junto a usted... Donde no me corresponde.

EVA.— *(Francamente.)* ¿Y si yo le digo que no me importa?

MERLUZA.— Creí que lo decía por parecer... natural. *(Se sienta.)* No está bien abusar de la confianza. *(Indicando el plato de Eva.)* ¿Es por la “línea”?

EVA.— *(Ríe.)* Ah, ¡sí! ¡Por la “línea”! ¡Si no fuera por esto, estaría como un globo! Tengo una tendencia terrible a engordar. Como un pan y engordo un kilo.

MERLUZA.— Es una lástima.

EVA.— Sí. Y una molestia.

MERLUZA.— *(Cuchareando.)* Es justo al revés del Mario.

EVA.— ¿Y quién es el Mario?

MERLUZA.— Un amigo. Cada vez que come un pan enflaquece medio kilo. Ya está en los huesos. De porfiado le viene. Los doctores le dicen que coma más, pero es porfiado. *(La mira a los ojos, con mirada inexpresiva, concentrada.)* No debería hacer eso.

EVA.— ¿Qué cosa?

MERLUZA.— Comer tan poco. No le vaya a hacer mal. No se vaya a morir.

EVA.— Y si pasara, ¿a quién le importa?

MERLUZA.— *(Baja la cara.)* A mí me importa. *(Siguen comiendo un instante en silencio, cada uno pendiente de su plato. El Merluza cucharea, pero no le quita los ojos de encima. Después de un rato, Eva se levanta nerviosamente.)*

EVA.— *(Media en risa.)* De modo que en eso mata el tiempo, ¿eh? ¿En ir al Botánico a ver como una solterona mata su tiempo, pintando laureles en flor? *(Va hacia la cocina. Vuelve con sal y servilleta.)* Porque es lo que le parezco, ¿no es cierto? ¿Una solterona que mata su tiempo? *(El Merluza la mira; no responde.)* A ver, idiga! ¿Qué cree que soy?

MERLUZA.— Una mujer.

EVA.— No, ¡no! Lo que digo es: ¿soltera o casada?

MERLUZA.— Casada.

EVA.— A ver, ¿por qué?

MERLUZA.— Por la manera como cruza las piernas.

EVA.— *(Ríe.)* ¡Qué divertido! ¿Y por qué? ¿Cómo cruzan las piernas las solteras?

MERLUZA.— (*Inexpresivo.*) No las cruzan.

EVA.— (*Ríe nerviosamente.*) ¡Qué divertido es usted! Diga... ¿Siempre mira tan fijo a la gente? (*El Merluza baja inmediatamente la mirada. Eva enternecida; estimulada.*) Bueno, acertó. Soy casada. ¿No le preocupa eso? ¿Que, de repente, entre mi marido y me encuentre, aquí, con usted?

MERLUZA.— (*Por lo bajo.*) ¿Qué podría pensar?

EVA.— (*Coqueta.*) ¿Y por qué?

MERLUZA.— No se divierta a costa de la pobreza. (*Momento de embarazo. A El Merluza le sobreviene otro acceso de temblores, que apenas logra reprimir.*)

EVA.— (*No sabe qué hacer.*) Coma, hombre. No ha comido nada. (*El Merluza hace un gesto que no importa.*) El trago, ¿eh? (*Pausa.*) ¿Necesita un trago para calmar eso? (*El Merluza hace un gesto vago. Eva va hacia la cocina y vuelve con un vaso con vino, que El Merluza le arrebató y bebe ávidamente. Eso termina por calmarle.*) Casi, ¿eh?

MERLUZA.— ¿Casi qué?

EVA.— Bueno... Casi. No quise ofenderlo. No me estaba divirtiendo a costa suya; es que me parece tan... bueno, tan raro, que usted me recuerde, entre tantas otras. Hay otra gente que pinta en el Jardín. El viejo del sombrero de diablo fuerte azul, por ejemplo. ¿Lo ha visto? El que llega con su pisito de mimbre. A veces con un perro; otras sin él. (*Ríe.*) Un día se enojó conmigo por la forma como uso los tonos verdes. Casi me gritó que no era académico. Nunca supe qué quería decir con eso. Daba vueltas alrededor mío, agitando su bastón. Creí que me iba a botar el caballete. (*Durante todo el monólogo, El Merluza está como doblado sobre sí mismo.*) ¿Le duele algo?

MERLUZA.— No.

EVA.— Y, entonces, ¿qué le pasa?

MERLUZA.— Después del “baile”, siempre se me encoge el estómago.

EVA.— Tengo calmantes. ¿Quiere?

MERLUZA.— No, gracias.

EVA.— Y ¿tiene que beber? (*El Merluza la mira.*) Digo... ¿Esto de los temblores le viene por eso, no es cierto? (*No hay respuesta. Momento embarazoso. Eva va hacia la cocina.*) Bueno, mejor se apura porque luego tengo que salir. Abro la tienda a las dos. (*El Merluza reanuda el lento cuchareo. Eva retorna con dos duraznos pelados. Pone uno ante El Merluza. Come el suyo.*) Estos duraznos no tienen el sabor de antes. No sé qué les hacen ahora. Recuerdo cuando niña. Íbamos con papá y mamá a una quinta cerca del río, donde, por un precio insignificante, nos dejaban entrar al huerto a llenarnos con duraznos y frutillas. Lo que fuéramos capaces de echarnos al estómago. ¡Esos duraznos sí que tenían sabor! Hoy, exportan los mejores y nos dejan la basura. Recuerdo que mientras papá y mamá se sentaban a comer alrededor de las mesas que habían puesto bajo unos árboles, Alfredo y yo... Alfredo es mi hermano... Nos íbamos a jugar a un granero que había cerca. A montarnos sobre la enfardadora. ¡Mi hermano Alfredo! Tenía verdadera obsesión por los hechos heroicos. Recuerdo que enarbolaba un pañuelo a modo de estandarte y jugábamos a la toma del bergantín. (*Ríe con el recuerdo.*) Él era el glorioso capitán y yo el malvado corsario. ¡Oh, qué tiempos! Qué tontos, pero qué felices éramos!

MERLUZA.— Si usted me echa afuera, el Miguel y el Pajarito me van a matar.

EVA.— Y ¿qué quiere que haga? ¿Dejarlo aquí?

MERLUZA.— Me están esperando a la vuelta de la esquina, detrás de la Farmacia. *(Eva va hacia la ventana y mira, levantando apenas la cortina.)*

EVA.— ¡Ahí están! ¡Están mirando hacia acá! *(Se vuelve hacia él.)* Bueno, ¿y qué hacemos? ¡No puedo dejarlo aquí! *(Haciéndose fuerte.)* Tengo que ir a la tienda luego, ya le dije. *(El Merluza explota súbitamente en un borboteo agitado de palabras. El tono es monótono, lastimero, casi una letanía. Al final, cae bajo un nuevo acceso de temblores.)*

MERLUZA.— ¡El Pajarito tiene un gancho de carnicero bajo el vestón! ¡Tiene un gancho de carnicero y me ha estado esperando, toda la mañana, para matarme! Todo porque anoche le gané unos pesos jugando a los dados ¡y él dice que le hice trampas! ¡Y no es verdad! No es verdad, porque se los gané limpiamente. Llegó hasta la casa de la Julia a buscarme esta mañana, pero yo lo alcancé a ver como se escondía detrás del horno, y me vine arrancando por el río. ¡Toda la mañana estuve escondido detrás de los matorrales de la Curtiembre, hasta que me fui al supermercado, y si no es por usted, me mata! ¡Me mata! Si no es por usted que me esconde, ¡me mata! Si no es por usted que me esconde, me muero, y ¡yo no quiero morir! ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

EVA.— Ya, ¡está bien! ¡Está bien! ¡Cálmese! Nadie le va a hacer nada. *(No sabe qué hacer.)* ¿Puedo avisar a la policía, si quiere, para que detengan a esos hombres? *(El Merluza sacude la cabeza en señal de negativa.)* Ah, sí, es verdad. El código de honor, ¿eh? Ustedes no se denuncian. *(El Merluza está encogido sobre sí mismo. Tirita. Tras considerar un rato la situación.)* Tendré que encerrarlo aquí dentro. *(El Merluza la mira.)* Porque usted comprende, ¿no? No lo conozco. Además de la chapa hay, por fuera, un candado. Tendré que encerrarlo aquí dentro, hasta que vuelva.

MERLUZA.— Comprendo.

EVA.— Cerraré también las demás piezas. Tendrá que esperarme, aquí.

MERLUZA.— Más que lógico.

EVA.— Ahí tiene revistas. El diario de hoy...

MERLUZA.— Gracias. *(Sonríe por primera vez con su sonrisa amplia, abierta, que no dice nada.)* Es como si todo hubiese estado como... preparado. Como... dispuesto. Los diarios, digo, y las revistas. No se puede pedir más, en verdad. Lo demás sería ser como... mal agradecido, digo yo. *(Eva retira los platos. Va hacia el baño y luego circula peinándose. El Merluza come un poco de durazno. Luego se levanta y va hacia la jaula del canario.)* Bonito el pajarito. ¿Cómo se llama?

EVA.— Pepito.

MERLUZA.— Pepito, ¿eh? *(Le hace fiestas.)* Ps, ps, ps, ps. *(Le da durazno.)* Te gusta, ¿eh? Ps, ps, ps, ps. ¿Te gusta comer frutillitas bajo los árboles, eh, glotoncito? *(Le da otro pedazo.)* Aquí, toma. Eso es. *(Eva cierra la puerta del baño. El Merluza queda solo.)* Tienes buenas tragaderas, ¿eh, mariconcito? *(Su voz va adquiriendo un tono de dureza.)* ¿Sabías que yo soy el malvado capitán y tú el glorioso corsario? ¿No lo sabías pelotudo? *(Sacude la jaula.)* ¿No lo sabías?

¿Qué yo soy el malvado capitán y tú el glorioso corsario, pájaro maricón? (*Con voz herida.*) Tendré que encerrarte aquí dentro, porque no te conozco, ipájaro hijo de puta! iTendré que ponerte candado! (*Eva sale del baño, lista para salir.*) Ps, ps, ps, ps. ¡Canarito! (*Eva prende la radio.*)

EVA.— Le dejaré esto. Si quiere, cambia.

MERLUZA.— Gracias. (*Eva va hacia la puerta.*) ¡Señora!

EVA.— (*Se vuelve.*) ¿Sí?

MERLUZA.— Yo sabía. Las mil veces que la he visto, yo sabía que usted era lo que dicen sus ojos que es.

EVA.— Vuelvo a las seis. (*Indica la cocina.*) Si quiere servirse algo... (*Sale. Afuera se oye el ruido del cerrojo y la cadena del candado. El Merluza sacude la jaula.*)

MERLUZA.— Come duraznitos. ¡Come, mierda! ¡Corsario maricón! (*Está sacudiendo la jaula cuando cae el telón.*)

ESCENA SEGUNDA

(*Esa tarde a las seis pasado. El Merluza está haciendo una cesta de papel, a base de tiras de papel de diarios doblados. De la lámpara cuelga un ave de papel, una especie de gaviota, en el suelo, un montón de diarios dispersos, desordenados; entre ellos, de rodillas, El Merluza. La radio toca unailable. Afuera se oyen los frenos de un auto y una puerta de coche que se cierra. El Merluza acude a la ventana a atisbar tras la cortina. Luego vuelve a su quehacer. Se oye la llave en la cerradura y la cadena del candado y entra Eva. Trae una bolsa de papel, de la que sobresale un cuello de botella.*)

EVA.— (*Nerviosa; pareciendo casual.*) ¿Ve? Las seis y tres minutos. ¡Ni uno más, ni uno menos! (*Cierra la puerta. Se encuentra con el ave.*) ¿Y esto? ¿Qué es? ¿Usted lo hizo?

MERLUZA.— Nadie ha entrado aquí.

EVA.— ¡Qué preciosa! Es todo un artista, ¿sabe? ¿Qué es? ¿Una gaviota?

MERLUZA.— ¿Usted cree que es?

EVA.— Sí claro. ¡Una gaviota! ¡Es preciosa!

MERLUZA.— Entonces, es.

EVA.— (*Por la cesta.*) ¿Y eso? ¿Una cesta? (*El Merluza asiente.*) ¡Preciosa también! ¿Dónde aprendió ese arte?

MERLUZA.— Es para usted.

EVA.— ¿Qué cosa? ¿La cesta?

MERLUZA.— Todo.

EVA.— ¡Oh, gracias!

MERLUZA.— Siempre que no le moleste...

EVA.— No, ¿cómo me va a molestar?

MERLUZA.— Los diarios, digo... Que tenga todos los diarios, así, todos dispersos, todos desordenados. (*Se pone a ordenar los diarios apresuradamente. Los dobla con cuidado.*)

EVA.— No, no me importa. Mejor uso tienen así que guardados en una alacena. (*Va hacia la cocina.*) Pero ¿dónde aprendió esto?

- MERLUZA.— Por ahí. Trabajé un tiempo para un fulano que trabajaba el mimbre. Pero era un torpe. Sólo sabía hacer sillas. También sé hacer flores.
- EVA.— ¿Flores?
- MERLUZA.— Camelias.
- EVA.— (*Desde la cocina.*) Pero, ¡por Dios! Y los platos, ¿quién los lavó? (*El Merluza no responde. Eva sale de la cocina.*) No tenía por qué hacerlo. (*El Merluza se encoge de hombros.*) ¿Apuesto que el piso también lo fregó? No estaba tan brillante cuando me fui.
- MERLUZA.— Había un tarro de cera, por ahí, y pensé que no le vendría mal una manito de brillo.
- EVA.— No me atrevo a entrar al dormitorio. ¿Quizás qué encuentre?
- MERLUZA.— Nada, pues. ¿Cómo voy a pasar ahí, sin permiso? (*Eva vuelve a la cocina y regresa con un salame y queso y algunos paquetes de cigarrillos.*)
- EVA.— Hablando de atenciones, no crea que yo me olvidé de usted. Pensé que las noches son frías y que “un estómago lleno es el mejor amigo”. Un poco de mortadela. Un poco de paté. Y queso. *Gruyère*. Muy rico. Recomendado especialmente por la dueña de la tienda, que es amiga mía. (*El Merluza apenas mira lo que Eva le va mostrando. Ha terminado de reunir los diarios en un atado bien doblado y va a partir hacia la cocina con ellos, pero se topa con Eva y se produce un breve juego de cuerpos que se obstruye el paso.*) ¿Dónde va?
- MERLUZA.— (*Por los diarios.*) Los saqué de la cocina.
- EVA.— Deje. No importa.
- MERLUZA.— Se va a ver todo desordenado.
- EVA.— (*Un poco impaciente.*) No importa, le digo. (*Sonríe.*) Déjelos por ahí. (*Siempre con una sonrisa breve y nerviosa que le es peculiar, casi como riendo para sí.*) Cuando entré a la tienda, lo hice tan como caballo desbocado, con la idea de comprarle esto, que se me olvidó completamente inventar una disculpa, porque la pregunta tenía que venir, y vino. “¿Para quién compra todo esto, querida? ¿No me va a decir que es todo para usted?” En un comienzo no supe qué decir. Tartamudeé un par de cosas tontas y finalmente, cuando ya me faltaba el resuello (*Ríe.*) se me ocurrió decir ¡que eran para un picnic! Un picnic con unos amigos, imagínese. ¡Yo haciendo un picnic! (*El Merluza, de rodillas en el suelo, dobla y plancha los atados de diarios con prolija atención.*) Porque si le cuento la verdad... ¿Quién me hubiera creído, no le parece?
- MERLUZA.— Nadie.
- EVA.— Eso es lo que pensé también.
- MERLUZA.— En estos casos siempre se ofrece sólo un plato de sopa caliente. Eso (*Por los salames.*) no se le ocurre a nadie. No es necesario.
- EVA.— (*Ríe nerviosamente.*) ¿A usted le gusta?
- MERLUZA.— ¿Qué?
- EVA.— ¿El salame? ¿El queso?
- MERLUZA.— Usted pregunta siempre dos cosas a la vez; nunca sé cuál responder primero.
- EVA.— (*Confundida.*) ¿El salame?
- MERLUZA.— Me revuelve el estómago.
- EVA.— ¿No le gusta?

MERLUZA.— No es eso. Debe ser donde mi estómago no está acostumbrado. Donde uno le da sólo sopas con arroz y cosas así, se pone melindre. Una vez las monjitas del Convento del Carmen me dieron carne asada con callampas; estuve vomitando dos días.

EVA.— Debí haber pensado en eso; no debí comprarlo.

MERLUZA.— (*La mira por primera vez, con esa mirada muy propia en él, que no dice nada.*) Cómaselo con sus amigos en el picnic.

EVA.— ¿Qué amigos? No tengo amigos.

MERLUZA.— Malo para usted. (*Reanuda su trabajo.*)

EVA.— (*Vivaz.*) Bueno, creo que debo comenzar a preparar la comida. (*Va hacia la cocina.*) Eso es mi vida. Comer y comer. Comida en la mañana; comida a mediodía; comida en la noche! A veces llego a pensar que la vida es sólo eso: una gran comida permanente, con una que otra pausa entremedio para el aburrimiento, y vamos comiendo otra vez. Y alegría también, inaturalmente! ¡Como un muy delgado espolvoreo de azúcar en polvo sobre todo el conjunto! (*Mientras habla ha ido de la cocina al dormitorio, poniéndose y sacándose un chaleco de lana, poniéndose y sacándose unas pantuflas; abriendo y cerrando closets, siempre con la mirada imperturbable de El Merluza sobre ella.*) Qué tontería hace una, ¿no? ¡Abrir y cerrar closets! ¡Poner y sacarse ropa! Si una sumara las horas que pierde en el día, haciendo cosas sin asunto. (*Va hacia la cocina, donde se la oye funcionar con las ollas. Cae un vaso. Ruido de vidrio que se quiebra.*) ¡Ay, qué torpe estoy! ¡Qué me pasa hoy día! (*Sale de la cocina envolviéndose su pañuelo alrededor del dedo lastimado. Va hacia el dormitorio.*) ¡Me corté! ¡No pasa un día que no tenga que recurrir al botiquín!

MERLUZA.— (*Se levanta.*) ¿La ayudo?

EVA.— (*Desde el dormitorio.*) No, ideje no más! Ya estoy acostumbrada, ya le digo. ¡Tengo los dedos llenos de cicatrices! ¡Los litros de sangre que he perdido! ¡Ni que lo hiciera a propósito! (*Sale del dormitorio.*) ¿Pero cómo va una a hacer una cosa así a propósito, no le parece? (*Le pasa una tijera.*) Corte aquí, ¿quiere? (*El Merluza corta la gasa con destreza.*)

MERLUZA.— Yodo, ¿tiene?

EVA.— Sí. (*Va hacia el dormitorio y retorna con una botellita de yodo, que El Merluza emplea con agilidad y destreza. Le tiñe la herida, le coloca la gasa y la afirma con esparadrapo. Eva observa sus movimientos. El Merluza ostensiblemente evita todo contacto físico con ella. La rehuye con delicada cautela. Eva, en cambio, no muestra la misma reticencia. Más bien, curiosa simpatía ante la timidez de él. Cuando termina, El Merluza comienza a temblar de nuevo. Se sienta. Aprieta sus brazos entre las rodillas. Eva va hacia la cocina y vuelve con un vaso de vino, que El Merluza bebe con avidez. Se calma.*) ¿Mejor? (*El Merluza asiente. Se mira el dedo vendado.*) Mejor no pudo quedar. ¿Dónde aprendió a hacer esto tan bien?

MERLUZA.— Por ahí.

EVA.— Parece que ha aprendido de todo un poco “por ahí”, ¿eh? Lo único que no parece haber aprendido es a hablar. ¿Siempre es tan parco para hablar?

MERLUZA.— Donde vivo no hay mucho interés por escuchar.

EVA.— No crea que “donde yo vivo” lo hay más.

MERLUZA.— Póngase el chaleco.

EVA. – ¿Cómo dice?

MERLUZA. – El chaleco y las pantuflas.

EVA. – ¡Ah, eso! No, estoy muy bien así.

MERLUZA. – Usted se los iba a poner.

EVA. – Sí, pero estoy muy bien.

MERLUZA. – Pero, se los iba a poner.

EVA. – Sí, pero ahora ya no. (*Ríe nerviosamente.*) Y no me mire así. No me mire tanto, Dios mío, ¿qué hombre tan mirón! ¿Siempre mira así? ¡Dígame! (*El Merluza baja la mirada.*) Es capaz de ponerla a una totalmente... (*Hace un gesto. Va hacia la cocina.*) A ver, ¡pero yo quiero oír ese cuento! ¡A ver, dígame! ¿Dónde aprendió a usar tan bien esas manos suyas? En el manejo de gasas y esparadrapos, ¿digo? (*Desde la cocina.*) ¡Da la impresión que tiene gran familiaridad con ellos!

MERLUZA. – Aprendí con un sargento enfermero.

EVA. – ¿Estuvo en el ejército?

MERLUZA. – En el hospital.

EVA. – ¿Enfermo?

MERLUZA. – Algo así como eso.

EVA. – ¿Cómo qué? ¿Qué tuvo?

MERLUZA. – No puedo hablar así. (*Eva sale de la cocina.*) No puedo hablar así, con usted en la cocina y yo, aquí, gritando. No puedo hablar si no le veo la cara a la otra persona. Usted perdone, no, pero creo que no se da usted suficiente... reposo.

EVA. – (*Con picada curiosidad.*) ¿Y por qué dice eso?

MERLUZA. – Porque está siempre yendo de acá para allá, de arriba abajo, moviendo cosas, cambiando cosas de lugar, sin asunto aparente. Desde que entró aquí, no ha parado de moverse. ¿Ha mirado, por ejemplo, la cesta que estoy haciendo?

EVA. – La miré, sí.

MERLUZA. – No, pero... Mirarla... ¿Realmente?

EVA. – Sí, la miré, ya le dije.

MERLUZA. – ¿Pensar en ella?

EVA. – Bueno...

MERLUZA. – ¿Le gusta?

EVA. – Sí. Me gusta, ya le dije.

MERLUZA. – ¿Por qué?

EVA. – Es sólo una cesta, ¿no?

MERLUZA. – Es más que eso. (*Momento de embarazo.*)

EVA. – Tiene razón, perdóneme. (*Desolada.*) Ya le dije: soy una máquina. Creo que es por la clase de vida que tengo que llevar.

MERLUZA. – Podría enseñarle cómo hago las flores, por ejemplo... Flores de papel.

EVA. – (*Más interesada de lo necesario.*) Ah, a ver, ¡enséñeme! (*Se encucilla junto a él.*)

MERLUZA. – (*Toma una hoja de diario.*) Usted toma una hoja de diario, así, y la dobla desde la esquina, ¿ve? Así. (*La hace.*) Y no es una hoja de papel corriente, como usted verá. Se toma una cara de la hoja que tenga mucho

impreso en letras, o una gran fotografía, o gran cantidad de fotografías sin letra alguna, ¿ve? Como ésta. Para que la flor tenga algún sentido. Alguna continuidad. Alguna belleza... (*Mientras trabaja y habla, algo se va transfigurando en él. Algo que lo posee y absorbe.*) Para algunos el papel de diarios es simplemente eso; una tira de papel despreciable que sólo sirve para envolver carne, tapar agujeros o taponar maletas. Pero no es eso. Los que piensan así, claro está, están marcados y uno los reconoce por otras superficialidades. El papel de diarios tiene un mundo de cosas que decir. Toma las formas que uno quiere darle. Se pliega sumisamente. Se deja manejar sin resistencias. Ocupa poco lugar en el bolsillo, y es el fiel compañero de las noches de invierno... Acompaña... Tranquilamente... Calladamente... Siempre listo, está ahí, para cualquier uso... (*La flor está lista.*) Y está... Una camelia, ¿ve? (*Se la pone a Eva a un lado de la sien.*) Para adornar a las bellas.

EVA.— ¿Quién es usted?

MERLUZA.— También sé hacer claveles y crisantemos, pero eso ya es cosa un poco más difícil, porque hay que tener tijeras, y tijeras no es una cosa que a uno le permiten tener corrientemente... Menos aún en las noches de invierno junto al río... (*Su excitación va en aumento.*) ¡También sé hacer peces y mariposas de papel! Pero eso es mucho más difícil aun, porque cuando uno los tiene hechos, inadie los quiere! ¡Porque los peces todo el mundo los desea en bonitas peceras iluminadas! ¡Y las mariposas, todo el mundo las desea, ensartadas en cajitas de caoba! Pero hechas de sucio papel de diario, que sólo sirve para taponar maletas, ¡no! Nadie quiere sucias mariposas de papel, sucias de carne, ensartadas en cajas de caoba iluminadas. Ni nadie quiere ensuciarse las sienes ensartándose sucias flores de sucio papel. (*Termina acezando.*) ¡Al menos, es lo que dicen los burgueses... Que son los árbitros de la moda en todo... Incluso en la manera de trabajar... el papel... de diario! (*Breve pausa.*)

EVA.— ¿Quién es usted?

MERLUZA.— Me llaman El Merluza.

EVA.— Digo, ¿su nombre?

MERLUZA.— No sé. El nombre uno lo va perdiendo por ahí, por las calles, caído en alguna grieta.

EVA.— Pero algún nombre debe tener. No puedo llamarle "Merluza".

MERLUZA.— (*Con cara impávida.*) ¿Por qué no?

EVA.— Bueno... Porque...

MERLUZA.— (*Con la misma impavidez.*) ¿Porque es nombre del hampa?

EVA.— No es un nombre cristianos.

MERLUZA.— Y usted no es del hampa.

EVA.— (*Con cierto desafío.*) No, no lo soy, si quiere decirlo así. Entre mis amigos nos llamamos con nombres cristiano.

MERLUZA.— ¿Creí que me dijo que no tenía amigos?

EVA.— Es una manera de decir.

MERLUZA.— Debe ser, entonces, que entre nosotros, que no somos amigos, nos llamamos con nombres no cristianos. (*Sonríe apaciguadoramente.*) Mi madre me llamaba Roberto.

EVA.— Eso es mejor. Lo llamaré Roberto, entonces.

MERLUZA.— Beto...

EVA.— ¿Beto?

MERLUZA.— Y cabrón. Cabrón antes de comer; Beto, después. Yo tenía dos madres. Una, antes de comer, la otra después de.

EVA.— ¿Murió?

MERLUZA.— Algo así como eso. *(Eva se levanta y con exagerada vivacidad va hacia un mueble y saca una tijera y se la pasa.)*

EVA.— ¡Bueno! Aquí no estamos a orillas del río: ¡tenemos tijera! ¡Muéstreme cómo hace sus crisantemos! ¿Le importa que yo, mientras tanto, teja? Le prometí un chaleco a una empleada de mi tienda.

MERLUZA.— Es su casa. *(Eva se instala con un tejido que trae del dormitorio. Se sienta junto a él, a mirar lo que hace, en actitud de una persona que se siente a gusto, que quiere demostrar interés.)*

EVA.— ¿A ver?

MERLUZA.— *(Se levanta.)* Creo que es hora de que parta.

EVA.— *(No había pensado en ello.)* ¡Oh, sí, claro! Pero ¿esos hombres? ¿No cree que aún corre peligro? *(Eva se levanta y va hacia la ventana.)* ¡Ahí están todavía! ¡Lo siguen esperando!

MERLUZA.— Y, ¿qué cree? ¿Qué están jugando?

EVA.— Pero, ¿qué quieren? ¡Usted no ha hecho más que ganarle un par de pesos a los dados! ¿Qué no está permitido, entre ustedes, ganar?

MERLUZA.— Está permitido, pero se paga.

EVA.— No entiendo, ¿cómo pueden ser tan vengativos?

MERLUZA.— De ver a los perros como se pelean por la carne.

EVA.— De manera que, en cuanto sale del edificio, lo asaltan, ¿eh?

MERLUZA.— Sin que les tirite el pulso.

EVA.— No puedo permitir que le hagan eso.

MERLUZA.— ¿Le enseño cómo hago crisantemos de papel?

EVA.— Usted se queda aquí, hasta que esos hombres desaparezcan. *(El Merluza comienza a tijeretear el papel. Lo va haciendo con furor creciente, contenido al comienzo.)*

MERLUZA.— Se toma una hoja de papel y se tijeretea desde las puntas. ¿Ve? Se le da unos cortes largos, a lo largo de las líneas de imprenta, ¿ve? Hasta formar tiras de papel, lo más finas posible, lo más filudas. Hasta que toda la hoja de papel que, originalmente, era un diario, no parezca más que un gran pedazo de papel hecho tiras. ¡Cómo si un perro hubiera hecho presa de él! ¡O un cernícalo! ¡O cualquier animal rabioso! ¡Cómo cuando en los microbuses alguien pasa una gilette a lo largo de los asientos, y deja ahí su marca de estupor y de rabia! ¡O como cuando en el hospital el sargento enfermero pone tintura de yodo en la espalda hecha tiras a latigazos!

EVA.— Beto... *(El Merluza la mira.)* ¿Le importa que lo llame... Beto? *(El Merluza la sigue mirando con ojos que no expresan nada.)* ¿Le parece bien dormir aquí? ¿Esta noche? ¿En ese sillón? Le presto mantas... A mí no me importa.

MERLUZA.— Pero usted me trajo queso y salame para que me fuera.

EVA.— Ya no, Beto. No puede irse así.

MERLUZA.- Si me quedo, ¿tendré que... bañarme, naturalmente?

EVA.- ¿Le he dicho eso? (*El Merluza ríe y le busca la risa en la cara a Eva.*)

MERLUZA.- (*Riendo.*) ¡No, no, pero dígalo! “¡Sería mejor que se bañara, Beto!”.

EVA.- Ya le he dicho: a mí me da lo mismo.

MERLUZA.- (*Siempre riendo.*) ¡No, no! ¡No le da lo mismo! A ver, dígallo.

¡Confíeselo! ¡Quiero oír cómo lo dice! “Sería mejor que se bañara, Beto, porque así, con esa ropa, esa mugre... ¿Mmh?”. ¿A ver?

EVA.- Bueno, si insiste. “Sería mejor que se bañara, Beto”.

MERLUZA.- (*Serio súbitamente.*) Pero, yo no puedo usar su baño. ¿Cómo se me pudo ocurrir una cosa así?

EVA.- ¡Úselo! ¿Le he dicho que no?

MERLUZA.- No, naturalmente que no. En verdad, no me lo ha dicho. ¡Qué ideas las mías! ¿Cómo me lo iba a decir? (*Súbitamente.*) ¿Le enseñó cómo hago crisantemos de papel?

EVA.- Ya me mostró.

MERLUZA.- (*Siempre sin quitarle los ojos de encima.*) Pero usted no miró.

EVA.- (*Protesta.*) Sí miré...

MERLUZA.- ¡No! Usted no quitó los ojos de encima de ese tejido.

EVA.- Bueno, enséñeme. (*El Merluza toma otra hoja de papel y se pone a cortarla de igual manera como anteriormente.*)

MERLUZA.- Se toma una hoja de papel y se tijeretea desde las puntas, ¿ve? Se le da unos cortes largos, a lo largo de las líneas de imprenta, hasta formar tiras de papel, lo más finas posible... lo más filudas... Hasta que toda la hoja de papel, que originariamente era un diario... No parezca más que un gran pedazo de papel hecho tiras! ¡Cómo si un perro hubiese hecho presa de él!... ¡O un cernícalo!... ¡O cualquier animal rabioso! (*Su voz se ha puesto tensa. Las palabras salen apretadas de su boca.*) Como cuando en los microbuses alguien pasa una gilette...

ESCENA TERCERA

(*El día siguiente, muy de mañana. El Merluza ya se ha levantado. Se ve que se ha bañado y peinado. Su ropa está doblada sobre una silla. Junto a ella, sus zapatos. Se ha puesto una bata de Eva, que evidentemente le queda corta y estrecha. Se desplaza por la habitación haciendo aseo con un escobillón y un paño de sacudir. Corre las cortinas. Pasa un paño a los muebles. Desde la cocina se oye el ruido de una tetera. Tárarea una canción mientras barre. Entra el sol a raudales. Ya no están las figuras de paja. En cambio cuelgan ahora de las paredes y de hilos tendidos de muro a muro algunas flores de papel, y algunas mariposas. Después de un rato.*)

EVA.- (*Desde el dormitorio.*) ¡Buenos días!

MERLUZA.- ¡Buenos días!

EVA.- ¿Cómo durmió?

MERLUZA.- ¡Imposible mejor!

EVA.- ¿Levantado tan temprano?

MERLUZA.- ¡Está linda la mañana!

EVA.- ¿Qué está haciendo?

MERLUZA.- ¡Un poco de aseo!

EVA.- Pero, ¿por qué?... *(Se abre la puerta del dormitorio que obviamente ha estado cerrada con llave. Sale Eva, en bata, peinándose.)* No tenía por qué hacerlo... *(Ve la facha de El Merluza y no puede reprimir una expresión de divertido estupor.)*

MERLUZA.- *(Por la bata.)* Estaba en el baño. ¿No le molesta, supongo?

EVA.- No, no. ¿Por qué me iba a molestar?

MERLUZA.- La espuma del jabón estaba tan aromática que se me debe haber ido a la cabeza; no supe lo que hacía. Hoy en la mañana, amanecí con esto puesto...

EVA.- Está muy bien.

MERLUZA.- Y entonces me dije: "Merluza, hay que hacer algo útil, hoy día". Miré afuera y vi las flores de los aromos y las bellas golondrinas dándose caza en torno a la cabeza del general, y me dije: "¡Merluza, hay que hacer algo útil!". *(Ríe con su risa característica; con risa que le llena toda la cara, pero que no dice nada.)* ¡En una mañana así, hasta a las ratas del río les gustaría salir vestidas de encaje! ¿Cómo le gustan los huevos?

EVA.- ¿Huevos?

MERLUZA.- Sí, huevos. ¿Cómo le gustan?

EVA.- Pero, Beto, no...

MERLUZA.- ¿Fritos o a la copa?

EVA.- *(Gratamente resignada.)* A la copa.

MERLUZA.- ¡Acerté! Ya están hirviendo... ¿No le molesta supongo?

EVA.- ¿Qué cosa?

MERLUZA.- ¿Que haya tomado los huevos, así, sin autorización?

EVA.- ¿Por qué me iba a molestar?

MERLUZA.- Ayer me dijo lo mismo.

EVA.- ¿Qué le dije?

MERLUZA.- "Por qué me iba a molestar". Curioso cómo uno se repite continuamente, ¿no? *(Mientras habla ha estado arreglando su cama improvisada. Junta las mantas. Las dobla cuidadosamente. Eva entra al baño.)* Yo tenía un amigo, por allá por un aserradero en el Sur, donde estuve trabajando un tiempo. También tenía una muletilla: "Soy inocente", decía continuamente. A la hora de levantarse; a la hora del desayuno; durante la faena. Persistentemente. Era como una obsesión que tenía y que lo martirizaba: "Soy inocente". "Soy inocente". ¡Nos sacaba a todos de quicio! Un día lo agarramos entre varios y lo colgamos de los pies, para que no siguiera hablando. ¡Inútil! Aún así colgado seguía: "¡Soy inocente!" "¡Soy inocente!" ¡Nunca nadie supo de qué era inocente! Simplemente, el pobre infeliz creía que era inocente de algo y eso le daba fuerza para seguir viviendo. Curiosas las muletillas, ¿no? ¡Parecen tan sin sentido, a veces! *(Eva sale del baño, peinada, poniéndose un cintillo.)*

EVA.- Despertó locuaz esta mañana, ¿eh? Anoche no estaba así. Me encanta verlo así. *(El Merluza se encoge de hombros. Levanta la alfombra. Barre.)*

MERLUZA.- Ya la dije: los aromos en flor. *(Eva lo mira.)*

EVA.- Lo mismo su cara. Tiene otra cara hoy día.

MERLUZA.— (*Sonríe feliz.*) El baño... (*Eva ve que no están las figuras de paja.*)

EVA.— ¿Y mis figuras?

MERLUZA.— ¿Mmh?

EVA.— ¿Mis figuras de paja? ¿La cabeza de burro? ¿El gallo?

MERLUZA.— Las puse ahí, en un mueble de la cocina.

EVA.— (*Sorprendida.*) Y ¿por qué?

MERLUZA.— Creí que eso (*por las flores.*) se vería mejor.

EVA.— ¡Oh... sí!

MERLUZA.— (*Rápidamente.*) ¿No le molesta, supongo? (*Ambos, en coro.*)

AMBOS.— No, ¿por qué me iba a molestar?". (*El Merluza ríe. Eva ríe después.*)

EVA.— De todos modos, uno de estos días los iba a quitar de ahí; no hizo más que ahorrarme el trabajo.

MERLUZA.— ¿Por qué? ¿No le gustaban?

EVA.— ¡Horribles!

MERLUZA.— ¿Por qué? Yo no los encontraba nada de feos.

EVA.— ¿Y por qué los sacó, entonces?

MERLUZA.— Porque creí que eso se vería mejor. ¿No cree?

EVA.— ¡Oh!, sí...

MERLUZA.— Usted no debe despreciar su propio trabajo. Porque... Usted misma los hizo, ¿no es así?

EVA.— En un momento de ofuscación.

MERLUZA.— Malo que se exija tanto. (*Da un salto hacia la cocina.*) ¡Esos huevos!

¡Ya deben estar buenos! (*Desde la cocina.*) ¡Entre paréntesis! Al canarito le puse alpiste. ¿Está bien así?

EVA.— (*Va hacia la jaula, juguetea con el canario.*) Sí, ¡muy bien!

MERLUZA.— Le iba a poner pan remojado, pero me recordé a tiempo que es un pajarito de dormitorio. ¡La costumbre de alimentar los gorriones!

EVA.— ¡Beto!

MERLUZA.— (*Siempre desde la cocina.*) ¿Sí?

EVA.— ¡Anoche oí unas voces!

MERLUZA.— ¿Voces?

EVA.— ¡Discusiones! Me pareció que venían desde el pasillo. ¿Oyó usted algo?

MERLUZA.— ¿Discusiones? ¡No!

EVA.— ¡Como de gente que discutía acaloradamente!

MERLUZA.— ¡Dormí como un leño! ¡No pude oír nada!

EVA.— Qué raro. Después oí como una puerta que se cerraba de un portazo.

Deben haber sido los vecinos. Unos italianos que trabajan en un cabaret. A veces llegan en medio de la noche, ¡con amigos! Se olvidan que éste es un edificio de gente...

MERLUZA.— ¡Recatada!

EVA.— ¿Cómo dice?

MERLUZA.— ¡Recatada! ¡De gente recatada!

EVA.— Bueno, sí... ¡Algo así! ¡Usted siempre me roba las palabras de la boca!

MERLUZA.— ¡Gente que no sabe vivir! Yo siempre lo digo. ¡Deberían ir a vivir junto al río, para aprender cómo no hay que hacerlo! (*Sale de la cocina con una bandeja sobre la cual, muy bien dispuesto, van dos copas con huevos, dos tazas,*

tetera, lechera, mantequera, servilletas, al estilo limpio y nítido de un hotel de categoría. Sobre el brazo se ha doblado un paño blanco a modo de servilleta. Deposita todo con gran destreza y elegancia.)

EVA.- (Sorprendida.) ¿No me va a decir que también trabajó en un hotel?

MERLUZA.- (Muy eficiente, con una reverencia.) *Comment dites vous madame?* (Eva ríe. El Merluza serio.) *Preférez vous le beurre salé ou sans sel, madame?* (Eva ríe de buena gana.)

EVA.- ¿Quién es usted, Beto? ¿De dónde sacó eso? ¡Usted es múltiple! ¡Realmente múltiple!

MERLUZA.- (Siempre serio.) Se hace lo que se puede. (Ambos comen los huevos.)

EVA.- ¿Trabajó en un hotel? ¿Verdaderamente?

MERLUZA.- Mmh.

EVA.- De... ¿Mozo?

MERLUZA.- (Con la boca llena.) De ladrón. (Eva ríe.) Cierito. Era un hotel de categoría; por eso tuve que entrar por la puerta trasera; para que no me viera el público, usted comprende, ¿no? (Eva comprende.) Me contraté de lavador. Lavador de vajilla. En verdad no era un verdadero contrato. Solamente un palmatazo en la espalda del tipo gordete que corría con la cocina. Un tipo que se daba importancia. (finita.) “Bueno, estúpido, ianda a pararte detrás de esos lavatorios, a ver si sabes lavar un plato!”... Me dijo que me daban cien pesos por plato lavado... Pero era un tramposo... No me advirtió que me descontaría los que quebraba... En la tarde cuando fui a cobrar, le debía dos mil...

EVA.- ¿Usted a él?

MERLUZA.- Yo a él.

EVA.- ¿Y el francés?

MERLUZA.- ¿Qué hay con eso?

EVA.- ¿Dónde aprendió? ¿Ah?

MERLUZA.- Tuve que quedarme seis días para pagar la deuda. En verdad no llegué a pagarla nunca, porque día que pasaba, mi deuda iba creciendo. Usted comprende, ¿no es verdad? (Eva comprende.) A la semana me di cuenta que así no andaba el negocio. Fue cuando decidí robar una máquina de calcular, y apreté...

EVA.- Me parece justo.

MERLUZA.- ¿Le parece? A ellos no.

EVA.- Pero, ¿y el francés, dónde aprendió? ¿En el hotel?... ¿En otro hotel?

MERLUZA.- Pintando las incubadoras de un tipo en San Andrés.

EVA.- ¿Era francés?

MERLUZA.- No, yugoslavo... ¿Sabe que sé hacer siluetas con las manos?

EVA.- ¿Siluetas?

MERLUZA.- (Cucharea el fondo de la copa.) Perros... Zorros...

EVA.- A ver. (El Merluza va a correr las cortinas. Enciende la lámpara de mesa. Para una revista sobre sus hojas. Proyecta una silueta sobre ella.)

MERLUZA.- ¿Ve?... ¿Qué ve?

EVA.- (Vivaz.) ¡Un perro!

MERLUZA.- Y ¿ahora?

EVA.- ¡Un conejo!

MERLUZA.- ¿Y esto?

EVA.- ¡Un ciervo! A ver, idéjeme hacer a mí! (*Ensayo.*) No. No resulta. ¿Cómo se hace?

MERLUZA.- El índice arriba. El pulgar así...

EVA.- (*Le adelanta sus manos.*) ¡Muéstreme usted! (*El Merluza titubea en tomarle las manos.*) ¡Vamos!

MERLUZA.- (*Tomando sus manos con cuidado.*) Así. No, ¡así no! Este dedo estirado.

EVA.- ¡Un ciervo! (*Entusiasmada.*) ¡A ver, otro! (*El Merluza está junto a ella. Le retiene las manos. Se produce una breve paralización embarazosa en que, por un breve instante, se miran a la cara. Finalmente El Merluza, confundido, va hacia la ventana y descorre las cortinas. Apaga la lámpara.*)

EVA.- Beto, no tiene por qué ser tan... tímido conmigo. (*Ríe.*) No me lo voy a comer, ¿no? (*Agitada.*) Después de todo, habiendo pasado, aquí, la noche juntos, nos da derecho a cierta familiaridad, ¿no cree?

MERLUZA.- No juegue conmigo, por favor.

EVA.- Pero, Beto, es ridículo. No porque usted me roza una mano. A mí no me importa.

MERLUZA.- Uno debe saber conservar la distancia.

EVA.- ¿Qué distancia?

MERLUZA.- (*Muestra la bata.*) Es porque usted me ve en esto, y bañado, que olvida.

EVA.- ¿Qué he olvidado? (*El Merluza muestra su ropa.*) No sea ridículo. ¿Le he demostrado que eso me importa?

MERLUZA.- Es que no puede ser.

EVA.- Si insiste.

MERLUZA.- Tendré que irme ahora mismo.

EVA.- Yo no le estoy diciendo que se vaya. (*El Merluza se levanta y se aleja de ella. Le da la espalda.*)

MERLUZA.- (*Con sospecha.*) ¿Para qué?

EVA.- ¿Para qué, qué?

MERLUZA.- ¿Para qué quiere que me quede?

EVA.- Yo no le he dicho que se quede. Sólo le he dicho que no tiene por qué irse.

MERLUZA.- (*Lamentándose.*) ¿Qué culpa tiene uno, digo yo?

EVA.- Pero, Beto...

MERLUZA.- ¿Qué culpa tiene uno de haber nacido como nació? ¡Yo no le pedí a mi madre que me diera la vida donde lo hizo! (*Eva se levanta.*)

EVA.- Pero, Beto, ¡por Dios!

MERLUZA.- Soy un hombre simple, ¡pero tengo mi orgullo!

EVA.- Claro que lo tiene. ¿Quién se lo niega? (*Se acerca a él. A sus espaldas.*) Beto, yo no soy la mujer que usted ve. Soy una pobre mujer llena de necesidad de cariño. Tal vez no lo parezca, ¡porque se me ve tan... decidida, tan... realizada! (*Sonríe.*) Pero usted ve: pinto sola, laureles en flor, un sábado por la tarde, en el Jardín Botánico. ¿No le parece eso... sospechoso?

MERLUZA.- Voy a necesitar pantalones nuevos. Si me quedo aquí un tiempo más, necesitaré pantalones nuevos. No podré volver a meterme en éstos. (*Eva lo mira sin responder.*) Porque con éstos puestos, no podré quedarme, ¿no es cierto?

EVA.- No había pensado en eso.

MERLUZA.- (*Siempre sin mirarla.*) Pero ahora lo piensa, ¿no es verdad?

EVA.- Bueno... Tal vez...

MERLUZA.- (*Su tono cambia, vuelve su forma de hablar ansiosa, intensa.*) Porque si, de repente, alguien entra aquí. Si, de repente, alguna amistad suya entra aquí, ¿qué explicaciones podríamos darle? Si me ve aquí, con esto puesto (*Por la bata.*) o con eso (*Por sus pantalones.*) y sentado en uno de sus sillones, como Pedro por su casa. Podría pensar que soy un pordiosero de junto al río que usted ha recogido por lástima, para evitar que el pobre diablo estire las patas antes que Dios lo ordene, dándole alguna cosa... Una sopa caliente o un salame... No sería muy correcto, ¿no cree? Más bien triste, ¿no le parece? Una situación triste e irremediable, que ni usted ni yo podríamos resistir durante mucho tiempo, ¿no cree? Porque da el caso que tanto usted como yo, sabríamos... Y ¿cómo podríamos evitarlo? ¿Que tanto usted como yo supiéramos la triste realidad? Establecería entre nosotros una situación de miseria moral, que difícilmente podríamos... disimular, ¿no cree?

EVA.- Y usted cree que con un par de pantalones nuevos eso cambiaría?

MERLUZA.- Podríamos jugar un poco a eso: a engañarnos, ¿no le parece?

EVA.- Usted tendrá que superar esa obsesión, Beto. He notado que lo hace sufrir. (*El Merluza gira ahora sobre sí mismo. Una amplia sonrisa ilumina su rostro.*)

MERLUZA.- Pantalones azules con una rayita blanca. Una rayita blanca por centímetro, ni más ni menos. Esos son con los que siempre he soñado.

EVA.- Buscaremos algo a su gusto.

MERLUZA.- (*Como un niño feliz.*) ¿Usted lo hará? ¿En verdad? ¿Usted misma va a ir de tienda en tienda, buscando lo que le pido?

EVA.- ¿Y por qué no? (*El Merluza le toma las manos y la hace girar.*)

MERLUZA.- ¡Usted es un ángel! ¡Un ángel! ¡Un ángel!

EVA.- ¡Ay, pero Beto, por Dios! (*Se detienen. Ahogada.*) Lo que quería decirle es que lo encuentro inútil. ¡Realmente inútil. Beto! Yo no me fijo en esas cosas.

MERLUZA.- (*Riendo; divertido; socarrón.*) Sí, isí se fija!

EVA.- No, realmente no.

MERLUZA.- (*La reprende con un dedo.*) Sí, ise fija! ¡Se fija!

EVA.- ¿Por qué lo dice? ¿Por qué se ríe? (*El Merluza ríe como si estuviera contando un cuento muy gracioso y algo embarazoso.*)

MERLUZA.- ¡Ayer, cuando llegó en la tarde, la trajo una amiga en auto y usted no la quiso hacer pasar!

EVA.- (*Niega efusivamente.*) No...

MERLUZA.- ¡Sí, sí! Yo vi cómo ella hacía ademanes como queriendo acompañarla arriba, pero usted le decía, con señas también, que estaba bien, que no hacía falta, o algo así. Era divertido, divertidísimo, observar cómo usted ideaba... discurría aceleradamente... casi desesperadamente, alguna explicación. (*Siempre ahogado por la risa.*) Moviendo sus brazos, así.

EVA.- ¡No, no! No fue por eso...

MERLUZA.- ¡Sí, si ¡Pero no se altere! ¡Yo entiendo! ¡Si usted supiera lo bien que entiendo! (*Serio súbitamente.*) ¿Qué le dijo a la amiga?

EVA.— Le dije que...

MERLUZA.— Con pantalones nuevos, nos libramos del embarazo, ¿ve? Le podremos decir que soy su primo, un primo lejano que acaba de dejarse caer de la provincia, ¿qué le parece? ¿Un primo o un tío? ¿Qué le parece mejor, más plausible? *(Pausa.)*

EVA.— Usted va a tener que sacarse de encima esa obsesión, Beto. *(El Merluza deja caer los brazos con desaliento.)*

MERLUZA.— Sí. Tal vez eso me venga de tanto andar a orillas del río, buscando cosas bajo las piedras. De tanto andar en cuatro patas, buscando cosas, escarbando comida, a uno, finalmente, el mundo se le encoge a la altura de los tobillos. Es un mundillo así, pequeño, el que uno ve, dentro de ese mundo pequeñísimo, uno mismo es más chico aún. ¡Ni siquiera a la altura de un sapo! Se adquiere una naturaleza... Subalterna. Sub, de algo al menos es. *(Sonríe nuevamente con su sonrisa hueca, radiante, sin sentido.)* Una naturaleza "sub". ¡Subdesarrollada... Subordinada... Subyugada... Sublevada! *(Está ante ella, sonriendo, feliz.)* Una raya blanca por centímetro. Ni más ni menos. ¿Me los comprará como yo le pido?

EVA.— *(Con pena ahora.)* Haré lo que pueda. *(El Merluza le besa las manos.)*

MERLUZA.— ¡Es un ángel! *(Eva se sirve café.)*

EVA.— Si esto le sirve de algo, Beto, quiero decirle que le he tomado un gran afecto. Pienso que hay en usted una buena base para hacer de usted un hombre... realizado. *(El Merluza comienza a temblar de nuevo. Eva quiere ayudarlo, pero la aleja con un gesto de su mano. Se vuelve a calmar.)* No sé qué lo mortifica. *(El Merluza retoma los papeles y se pone a hacer nuevamente las flores.)* Tome su café. *(Eva va hacia la cocina. De súbito, un grito. Vuelve a salir con el gallo y el burro de paja. Ambos cuelgan grotescamente de cada mano; tienen el cuello quebrado.)* ¿Y esto? ¿Por qué los tiró al tarro de la basura? ¿Y el cuello?... ¿Por qué se los quebró?

MERLUZA.— No cabían en el tarro.

EVA.— Pero, ¿tirarlos? Usted mismo me dijo que los había puesto en el closet.

MERLUZA.— Tampoco cabían. *(Reclamando con inocencia.)* ¡Pero si usted misma me dijo que los encontraba horribles!

EVA.— Sí, pero...

MERLUZA.— ¡Le haré unos de papel! ¡Le juro que cuando vuelva en la tarde, le tengo hechos un gallo y un burro de papel! ¿Mmh? ¿Qué me dice? ¡Con patas firmes y rojas y una gran cresta dorada! ¡Un gallo fuerte y poderoso! ¿Mmh? ¿Le parece bien?

EVA.— *(No sabe qué decir.)* Bueno, yo...

MERLUZA.— *(Con sonrisa amplia, juguetona, hueca.)* ¿No le molesta que lo haga, no es cierto?

AMBOS.— *(Al unísono.)* "No, ¿por qué me iba a molestar?". *(El Merluza ríe. Eva entra en coro. Ambos ríen. El Merluza, al final, exageradamente. Casi destempladamente, cubriendo la risa de Eva con la suya.)*

ESCENA CUARTA

(La tarde de ese mismo día. Todos los muebles están cambiados de lugar. La jaula del canario, con la puerta abierta, está vacía.)

La pantalla de la lámpara de pie ha sido sacada. Sirve ahora de florero para tres enormes flores de papel, ensartadas en alambres. Además hay flores colgadas de las paredes, de la lámpara. El Merluza, con las piernas forradas en una manta y una botella de coñac a su lado, está arrellanado en el sillón mirando la televisión. Se acaba de lavar el pelo. Tiene una toalla envuelta alrededor de la cabeza. Está contento. La televisión lo entretiene a morir. En la pantalla, que no se ve, suenan unos disparos; gritos de indios. El Merluza va poco a poco absorbiéndose en la acción. Imita los movimientos que ve. Se esconde tras el sillón. Dispara hacia el aparato. Salta por encima del sillón. Vuelve a disparar. Lo alcanza una bala imaginaria. "Muere" aparatosamente en medio del living. Está crucificado, así en el suelo, cuando se abre la puerta, y entra Eva. Trae paquetes bajo el brazo.)

EVA. — ¡Beto! *(El Merluza no se mueve.)* ¡Beto! ¿Qué le pasa? *(Deja los paquetes en el suelo. Se arrodilla junto a él.)* ¿Qué le pasa? *(Lo toca.)* ¡Beto, Dios mío! *(Le toca la cara.)* ¡Beto, despierte! ¿Qué le pasa, Dios mío? *(Busca desesperadamente algo a su alrededor. Va a la cocina y retorna con un vaso de agua. Le da de beber, mientras le sostiene la cabeza. El Merluza abre un ojo.)*

MERLUZA. — ¿Trajo los pantalones?

EVA. — ¡Oh, Beto, Dios mío, el susto que me hizo pasar! ¿Por qué hizo eso?

MERLUZA. — ¿Azul? ¿Con rayitas blancas? *(Eva le pasa un paquete que El Merluza abre ávidamente. Un grito de estupor.)* ¡Son grises!

EVA. — Sí. No encontré lo que usted quería.

MERLUZA. — ¡Pero yo le pedí azules!

EVA. — Le digo. No encontré como usted quería.

MERLUZA. — *(Grita.)* ¡Azules con una raya blanca! ¡Una por centímetro! ¿y usted me trae grises! ¿Qué quiere que haga con éstos?

EVA. — Busqué en todas las tiendas, pero...

MERLUZA. — ¡No buscó! ¡No buscó bastante!

EVA. — Sí lo hice, Beto, pero...

MERLUZA. — No buscó. Ayer vi tres pares en diferentes tiendas. *(Mantiene los pantalones en alto.)* ¿Qué voy a parecer en éstos? ¿Qué me va a decir el Mario cuando me vea en éstos? Que soy uno de esos pijes de la Plaza España; ieso me va a decir que parezco! Uno de esos pijes de los Departamentos de la Plaza de España, que sólo sirven para calentarles la cama a sus hembras. Pijes de pollera. Pijes de guata blanda. ¡Eso va a decir que parezco! *(Los lanza lejos.)* ¡No los quiero! *(Eva los recoge con un gesto de desaliento. Los vuelve a envolver.)*

EVA. — No creí que importara tanto.

MERLUZA. — No, claro, para un tipo que anda en harapos, cualquier cosa es buena...

EVA. — No lo hice pensando así. *(Larga pausa embarazosa. El Merluza apaga la televisión.)*

MERLUZA.— ¿Le gusta el arreglo que hice con los muebles?

EVA.— (*Distraída.*) ¡Oh!, sí... muy bien.

MERLUZA.— ¿Está mejor así?

EVA.— Mejor, sí.

MERLUZA.— ¿Y las flores, le gustan?

EVA.— Bonitas, sí.

MERLUZA.— El canario se escapó. (*Eva se vuelve hacia la jaula.*)

EVA.— ¿Pepito? ¡Oh, Dios! ¿Y cómo fue?

MERLUZA.— (*En medio de la habitación; la viva imagen de la inocencia.*) Abrí la puerta para darle alpiste y zas, ise largó!

EVA.— ¿Y dónde está?

MERLUZA.— No sé... (*Eva va hacia la ventana y mira afuera.*) Fue cuando abrí la puerta para darle alpiste que se largó. Voló un rato por la pieza, se metió al dormitorio, a la cocina y volvió a pasar por encima de mi cabeza. Traté de agarrarlo con una toalla. Pesqué una toalla del baño y traté de agarrarlo. Por un momento creí que le tenía pescado. Fue cuando se paró sobre el marco de ese cuadro. Me paré frente a él, esperando el momento de tirarle encima la toalla, pero fue ahí cuando me di cuenta que no quería que lo agarrara. (*Eva se vuelve hacia él.*) Estaba todo de parte mía. No podía fallar. Era cuestión de tirar la cosa esa y zas, ¡habría sido mío! Pero fue ahí que me di cuenta que no quería que lo agarrara. Algo que había en su actitud, ¿me comprende?

EVA.— ¿De modo que lo dejó irse?

MERLUZA.— No sé. Simplemente, por un momento, no pude hacer nada. Creo que fue ahí que volvió a emprender vuelo, dio una vuelta por todo el departamento y, finalmente, salió por esa ventana... Hacia los aromos en flor. Debe ser por culpa mía. Creo que nunca le caí en gracia al pajarito ése. Desde el primer día observé que me miraba de reojo, como con recelo. Debe ser que él, antes que yo mismo, se dió cuenta que los dos no cabíamos en una misma habitación. (*Vuelve su sonrisa que no dice nada.*) los animalitos tienen una tremenda perspicacia para estas cosas. Es una suerte que él partió primero, porque si no, a lo mejor, me toca a mí... (*Eva desaparece en el dormitorio. Grita tras ella.*) ¿Sabe que hasta alcancé a ponerle apodo?... ¡“Corsario” le puse! Un nombre raro para un canario, ya sé, pero es que a mí ese nombre me recuerda algo. ¡Qué tal vez es necesario ser muy valiente para soportar una jaula! “Corsario”. ¡Pobrecito! (*Espera un rato.*) ¿Quiere que me vaya? (*Eva sale poniéndose la bata sobre el vestido. No puede dejar de sonreír de ver la facha de El Merluza, parado en medio de la habitación, los brazos caídos, envuelto en la manta, la cabeza envuelta con la toalla, las piernas desnudas, culpable, compungido, contrito.*)

EVA.— ¿Y por qué voy a querer que se vaya?

MERLUZA.— Por lo del pajarito. Desde que llegué no he hecho otra cosa que armar líos.

EVA.— Usted no es más que un niño consentido, Beto.

MERLUZA.— Rechazarle con tanta grosería los lindos pantalones que me compró. (*Eva lo toma de una mano.*)

EVA.— Venga, niño consentido. Hace tiempo que creo que debemos hablar algo. Poner algo en claro.

MERLUZA.— Con todo el cariño con que usted me ha recibido. (*Eva lo sienta a su lado en el sillón. Le pone un dedo sobre los labios.*)

EVA.— ¿Qué estabas haciendo en el Jardín Botánico el día que yo pintaba laureles, niño regalón?

MERLUZA.— Bueno... Andaba por ahí...

EVA.— Vamos, dime la verdad... (*El Merluza, se mantiene alejado de ella.*)

MERLUZA.— Usted me tutea.

EVA.— Hazlo tú también, si lo deseas. ¿No me voy a quebrar, por eso, no crees?

MERLUZA.— Ahí la tenemos otra vez, riéndose de mí.

EVA.— (*Impaciente.*) Oh, Beto, vamos, déjate de cosas, ¿quieres? No vamos a pasar una vida, tú con tus susceptibilidades y yo, aquí sin saber cómo tomarte. Yo sé que no eres lo que pareces o lo que pretendes parecer. Algún desliz, alguna resbalada por la pendiente de la vida (*Hace un gesto como divertida de su propio cliché.*) te llevó donde te hallas ahora, pero yo sé que no eres lo que pareces... O no pareces lo que eres. A mí nada de eso me importa; ya ves que ni siquiera te pregunto. ¿Me puedes culpar de eso: de haberte preguntado? (*El Merluza, niega con movimientos de cabeza.*) No, ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué no te pones a tono? ¿Hablamos de igual a igual?

MERLUZA.— ¿De igual a qué?

EVA.— Bueno, de igual a igual, ya te dije.

MERLUZA.— Y si yo no fuera lo que pareciera o no pareciera lo que fuera, no podríamos hablar así, ¿no es cierto? ¿De igual a igual?

EVA.— Bueno, tal vez, no...

MERLUZA.— ¿Por qué?

EVA.— Porque ahí estarían tus susceptibilidades, impidiéndolo. (*Se acerca un poco más a él.*) Vamos, tontito, dime... ¿Qué hacías en el Jardín?

MERLUZA.— Mirando los loritos.

EVA.— No, en verdad... ¿Qué hacías?

MERLUZA.— (*Con ritmo acelerado.*) El Mario me había mandado a recoger puchitos frente al quiosco del orfeón, para hacer tabaco molido, para ir a venderlo al prostíbulo de "La Marquesa". (*Pausa.*)

EVA.— No quieres confesarlo, ¿eh?

MERLUZA.— También la Chenchá, la vieja sorda que vende diarios frente al Congreso, me había pedido que le fuera a tirar las plumas a la cola de los loros, para hacerse un adorno para el sombrero.

EVA.— Ayer, recién llegado, me dijiste que hace un año me recordabas pintando laureles en flor en el Jardín, con mi sombrero de paja de cintas verdes. A menos que seas muy observador y tengas una memoria muy especial, nadie podría creerte que pudieras guardar esos detalles durante tanto tiempo, si no fuera por una razón muy especial, también...

MERLUZA.— ¿Razón especial?

EVA.— Inclínación especial...

MERLUZA.— ¿Inclínación especial? (*Está de espaldas a ella, alejado de ella.*)

EVA.— Oh, Beto, ¡no seas tan... tímido! (*El Merluza se levanta.*)

MERLUZA.— Es que no puede ser.

EVA.— (*Desde su lugar.*) ¿Por qué?

MERLUZA.- ¿A dónde conduciría eso?

EVA.- ¿Y a quién le importa? Es raro que tú, con la vida que llevas, te estés preocupando del mañana. Como si toda tu vida te hubieras pasado pre-
viendo cosas. Apuesto que en tu vida te has preocupado de nada. ¿Por qué
te preocupas ahora, entonces? ¿Estoy preocupada yo, acaso?

MERLUZA.- Con usted es diferente.

EVA.- ¿Por qué conmigo?

MERLUZA.- ¡Porque usted sabe lo que yo no sé!

EVA.- ¿Qué es lo que sé?

MERLUZA.- Que yo no soy lo que parezco o no parezco lo que soy. En cambio
yo sólo sé que soy lo que parezco y no que no soy lo que no parezco. En
otras palabras, usted tiene su fantasía y yo sólo mi realidad, que es mucho
más pobre, mucho más triste, mucho más desilusionante. (*Con voz
entrecortada.*) Esa es la ventaja que usted me lleva, aunque usted diga que
no me preocupo. Lo que pasa es que uno se preocupa tanto de preocupar-
se, que al final, ya no se preocupa más de preocuparse.

EVA.- Beto... Beto, ¡vuélvete! (*El Merluza, se vuelve. Baja la vista.*) Si fueras sólo
el pobre vagabundo que aparentas ser, no podríamos siquiera entablar
esta conversación, ¿no te parece? Ya lo nuestro habría terminado hace
mucho tiempo. Ayer mismo tal vez; después de darte la sopa caliente, te
habrías largado, porque es muy seguro que habrías terminado por aburrir-
me. No hay nada más aburrido que la conversación de los pobres cuando
se autoconduelen, ¿no te parece? (*Al Merluza le parece. Asiente con la cabeza,
siempre mirando al suelo. Eva se acerca a él. Le toma de un brazo.*) Desde el
primer momento que te vi, supe quién eras. Comprendo que tu timidez
debe ser consecuencia del mal trato que te ha dado la vida. Cosas que te
han sucedido han terminado por acoquinarte. Quiero que me creas muy
sincera cuando te digo que a mí no me importa. No pongo barreras falsas
entre nosotros, ¿me comprendes? (*El Merluza, comprende.*) ¿Crees que soy
tu amiga, Beto? (*El Merluza, cree.*) ¿Entonces?

MERLUZA.- Entonces vamos a tener que cambiar los muebles que hay aquí.

EVA.- ¿Los muebles? ¿Por qué?

MERLUZA.- No me gustan.

EVA.- ¿No te gustan?

MERLUZA.- Es lo que dije.

EVA.- Bueno... Qué tiene que ver...

MERLUZA.- No tienen clase.

EVA.- ¿Clase?

MERLUZA.- Estilo... No tienen estilo. (*Con irritación.*) ¡Trastos que uno encuen-
tra por miles, por ahí, en cualquier negociucho de adefesios de segunda
mano! ¡De sólo verlos dan ganas de gritar! ¡No tienen imaginación, ni fan-
tasía, ni ensueño de ninguna especie! (*El Merluza gira hacia Eva.*) A ver,
¿cuánto tiempo demoró en elegirlos?

EVA.- Bueno, yo...

MERLUZA.- ¡Ni cinco minutos, apuesto! Entró a la tienda como quien entra a
comprar una aspirina y marcó, con el dedo, el primer trasto que se le vino

a los ojos. Cualquier cosa que sirviera para tirar el cuerpo y quedarse dormido. Bueno, ¡usted está equivocada! Se necesita ser un poeta para elegir un mueble y darle la categoría que se merece. Todas las células nerviosas del refinamiento deben ser puestas en tensión, cuando ha llegado el momento de decidir. Usted es como Fabián, el loco que vive al otro lado del estero, que agarra cualquier cosa donde poner el culo... Un tarro de parafina viejo... Una maleta desvencijada... Sus zapatos... El pecho del "Sandilla", un vago sifilitico que anda por ahí con él, robando durmientes del ferrocarril... ¡Cualquier cosa! ¡Como si con eso estuviera resuelto el problema! ¡La elección de un mueble es un acto de liturgia! (*Hace lo que va describiendo. A medida que lo hace así su excitación va en aumento. Su concentración en lo que va diciendo lo absorbe enteramente. Termina como arguyendo con otro ser que hay dentro de sí mismo, y a quien debe convencer.*) Hay que levantarle las polleras y ver si tiene los largueros de álamo o de caoba, porque nunca falta algún desgraciado que quiere meterle a uno gato por liebre y hacerle pasar álamo por caoba, y eso no estaría bien, porque podrían enterarse las visitas. Después, también es importante que estén todos los clavos en su lugar. Todos los clavos, o más bien, toda la cola, porque podría resultar que no fueran flecos de raso sino simples borlas de paño ordinaria, las que aquel hijo de puta le quiere meter a uno. Y también es importante, importantísimo, de primera importancia, preocuparse de la forma, del color, del diseño, de si es brocato o terciopelo, de si está hoy de moda la silueta oblonga o el diseño recto, de si son tarugos de corte cóncavo o convexo, de si le han puesto clavos los hijos de puta, ¡clavos y no tornillos! Porque las visitas al sentarse no deben caer simplemente en los sillones, sino que al doblar las rodillas deben más bien encontrarse... ¡Eso es!... Encontrarse con la anatomía del asiento ajustada a sus caderas. ¡Todo eso debe tomarse en cuenta! ¡Todo eso debe considerarse con el mayor cuidado! ¡Porque todo ello es de máxima importancia! ¡De primera importancia! ¡De primerísima importancia! (*Termina extenuado.*) Hay que poner en ello la vida, si fuera necesario. ¡Eso es lo que no quiere comprender el loco Fabián! (*Pausa.*) Tendremos que cambiar estos muebles. Se lo debemos a las visitas.

EVA.- Bien, los cambiaremos. ¿Tú eliges? ¿Estás conforme?

MERLUZA.- ¿Cuándo?

EVA.- ¿Mañana?

MERLUZA.- Mañana ya no estaré aquí.

EVA.- ¿No te das cuenta, tontito, que a contar de hoy estarás aquí mañana y todos los días que quieras?

MERLUZA.- Tendremos que salir a la calle.

EVA.- ¿Para qué?

MERLUZA.- Para elegir los muebles.

EVA.- ¿Y qué hay con eso? Saldremos pues.

MERLUZA.- ¿Con qué ropa?

EVA.- Te compraré un traje.

MERLUZA.- Gris.

EVA.- Creí que lo querías azul con rayas blancas.

MERLUZA.— Ese es el pantalón. El traje lo quiero gris. Gris con pequeños lunares blancos, apenas visibles; más bien invisibles que visibles... Más bien...

EVA.— Cómo tú digas. ¿Estás conforme? (*El Merluza la mira de reojo. Receloso. Glacial.*)

MERLUZA.— No, sin antes decirme cómo va a ser.

EVA.— ¿Cómo va a ser qué?

MERLUZA.— ¿Esa marcha por la calle?

EVA.— No te entiendo.

MERLUZA.— ¿Voy a ir delante o detrás de usted?

EVA.— Ya estamos de nuevo. A mi lado, si quieres.

MERLUZA.— ¿A qué distancia? ¿Un metro? ¿Dos? ¿Lo ha pensado? (*Eva no responde.*) ¿Y? ¿Qué le vamos a decir al tendero?... Porque hay tipos suspicaces, tremendamente suspicaces; ven un andrajo y deducen un mundo de cosas. A la simple vista de un andrajo, se les despierta toda una fantasía mitológica. (*Se vuelve hacia Eva.*) ¿Entiende lo que quiero decir? Tendremos que tener el mayor cuidado. (*Con la cara en blanco.*) ¿Cree que resultará si le decimos... que juego... tenis?

EVA.— ¿Tenis? ¿Y por qué eso?

MERLUZA.— ¿Su marido no juega tenis?

EVA.— Sí. ¿Y cómo lo sabes?

MERLUZA.— (*Indica hacia el dormitorio.*) Los pantalones y la polera, ahí, en el closet. ¿Cree que podría pasar?

EVA.— Tú podrías “pasar” por cualquier cosa. (*La sonrisa en blanco de El Merluza.*)

MERLUZA.— (*Inocente.*) ¿Hasta por gigoló? (*Ríe. Una risa dolorosa, entrecortada.*)

EVA.— (*Se acerca a él.*) Esta noche vas a volver a dormir aquí, en el sillón, pero yo no cerraré la puerta de mi dormitorio... Ya no desconfío, ¿ves? (*Toma las manos de El Merluza.*) Si te sientes... solo, no dudes en llamarme. Tengo el sueño liviano. (*Muy cerca de él.*) Al menos que no sientas atracción por solteronas de más de cuarenta, que pintan por desesperación, o guarden por nostalgia la ropa del hombre que dejó el nido hace siglos. Una solterona que ni siquiera sabe comprar muebles apropiados...

MERLUZA.— (*Rígido.*) ¿Tendré que... bañarme, de nuevo? (*Eva apoya su cabeza en el pecho de él.*)

EVA.— ¡Oh, Beto!, ientrégate! Descansa... (*Después de un rato.*) Apoyar la cabeza en tu pecho es como apoyarla en una roca. ¿Qué te ha hecho la vida que te ha dejado así?

MERLUZA.— *Comment dites vous, madame?* (*Lo mira; lo besa en la mejilla.*) ¡Oh, mi amor!... (*El Merluza mira de frente. Es una roca, una esfinge.*) Sí. Es de la mayor importancia, de primerísima importancia, elegir las palabras apropiadas para decir lo que uno quiere decir. Hay en ello todo un proceso de selección cuidadosamente prearreglado por el espíritu. Proceso en el cual nada tiene que ver la propia voluntad. Lo fundamental es creer en la belleza de sus propias expresiones, ya que sin el aporte de la entrega de uno, las palabras, lanzadas a su propio capricho, adquieren una falsa dimensión, en que ni siquiera uno mismo, y mucho menos los demás, pueden hallar nada que les evoque ni siquiera una mentira. Lo importante, entonces, es decir

lo que uno quiere decir, sin decirlo, para que los demás aporten todo el peso de su propio... engaño. Sólo así podrá uno ser feliz.

EVA.— ¡Oh Dios! *(El Merluza comienza a hacer figuritas con las manos, que se proyectan en el muro, al frente.)*

MERLUZA.— Un conejo, ¿ve?... Una lechuza... Un niño... Un niño asustado. *(Mira a Eva.)* ¿Tiene un hacha?

EVA.— Sí...

MERLUZA.— ¿Y un serrucho? ¿Y martillo?

EVA.— Sí.

MERLUZA.— Démelos. Esta noche haré unos muebles como a mí me gustan.

EVA.— Están en la cocina. *(Eva va hacia la cocina. Se oye un grito.)* ¿Y esto? ¿Qué le pasó a Pepito? *(Sale con el canario muerto colgado de su mano.)* ¿Quién le hizo esto?

MERLUZA.— *(Desconsolado, atropelladamente, como niño sorprendido en falta.)* ¡Ya le dije! ¡Quise cazarlo, pero él no me dejó que lo cazara! ¡Desde el comienzo me tomó inquina! Desde la primera mirada, me miró de reojo. Lo seguí por toda la pieza. ¡Le rogué, le imploré que se dejara cazar, pero insistía en seguir volando! ¡No quiso oír mis ruegos! *(Pausa.)* Cuando finalmente ya no pudo seguir volando, estaba demasiado agotado para entender el sentido de mis súplicas.

Expiró sin haberme dado siquiera la ocasión de darle una explicación. *(Otra pausa.)* Pude haber querido a ese pajarito... *(Sollozo.)* Pude haberlo querido verdaderamente... Si sólo me hubiera dejado... *(Mira a Eva.)* ¡Pobre Pepito! ¡Pobre corsario maricón!

ESCENA QUINTA

(En la radio tocan "El vals de las libélulas". El Merluza en tenuta de tenis, de rodillas en medio del living, clava una silla rústica, o más bien lo que parece una silla, con los restos de un sillón desarmado. Del sillón no queda más que un montón disperso de algodones y plumas, resortes y tela desgarrada. El maderamen también ha sido deshecho violentamente, como si un ave de rapiña hubiese hecho presa de todo.)

Tampoco están los cuadros. En lugar de ellos cuelgan ahora páginas de periódicos. Hay más flores de papel dispersas en diversos lugares. Son ahora flores de mayor tamaño, hechas con menos cuidado; simulacros de flores, como hechas sólo a base de páginas enteras de periódicos, arrugadas, atadas en su base con alambres. El Merluza tararea feliz la música mientras trabaja. Después de un rato aparece Eva, en bata, en el vano de la puerta del dormitorio. Por un momento mira cómo El Merluza trabaja; luego...)

EVA.— Te oí trabajar toda la noche; como si un gran ratón se hubiese colado en mi departamento. *(Mira la habitación.)* No se puede decir que no te ha cundido.

MERLUZA.— ¿Le gusta?

EVA.— Buen trabajo.

MERLUZA.— Me pescó la fiebre. Cuando pesco la fiebre es como si viera doble. Veo una cosa por hacer y ya está la otra, ahí, por hacerse.

Cuando ataco la otra, ya hay una nueva pidiendo que le ponga empeño, y así, sucesivamente... El Mario nunca me ha dado crédito como carpintero.

EVA.— Debería venir, ahora, a ver.

MERLUZA.— Dice que soy bueno para desarmar cosas; romperlas. Pero que para hacer carpintería, verdadera carpintería... hacerla verdaderamente... ¿Me comprende usted?

EVA.— Sí.

MERLUZA.— Dice que no sirvo... “Eres un vándalo”, me dice. Me lo pasa diciéndolo continuamente. Tal vez porque siempre me ha visto sólo en esto: reuniendo un todo de piezas dispersas; armando puzzles de deshechos... ¿Me comprende usted? *(Eva ha ido a sentarse en el único sillón que queda.)*

EVA.— Debe ser por eso.

MERLUZA.— Eso es lo malo con el Mario. Sólo tiene imaginación para las cosas a posteriori. No tiene imaginación para las cosas a priori. Pienso que ahora debería verme en esto, ¿no cree?

EVA.— Ya lo dije.

MERLUZA.— Esto le cerraría la jeta al mal hablado, ¿no cree usted? *(No espera respuesta. Levanta en alto, en triunfo, la silla que acaba de terminar.)* ¡Luis XV! ¿Qué le parece? ¿O Luis XVI tal vez?

EVA.— Restauración.

MERLUZA.— *(La idea le cae en gracia. Ríe.)* ¡Restauración! tiene gracia, ¿sabe? ¡Restauración! ¡No había pensado en ello! *(Siempre riendo.)* Eso es lo que me gusta en usted, ¿sabe? Que tiene sentido del humor. Desde el primer momento que metí mis sucias gambas en su reino. Entro aquí y le rompo todos los muebles, le suelto el canario, le revuelvo todo el closet, le lleno la pieza de horribles flores de papel y usted siempre... complaciente. Siempre sonriendo.

EVA.— ¿Y qué otra cosa me queda por hacer?

MERLUZA.— Sí. La fuerza de las circunstancias, ¿no?

EVA.— Del destino... *(El Merluza se pone serio bruscamente.)*

MERLUZA.— El destino es la cirrosis o un pulmón agujereado por una vida estúpida perdida en borracheras. No lo confunda con otra cosa. Yo estoy aquí, estrictamente, por culpa de una sopa caliente, no lo olvide. *(El Merluza le muestra la silla en la cual ha estado trabajando nuevamente.)* ¿Le gusta ahora?

EVA.— *(Seria.)* ¡Beto! Dejé abierta la puerta anoche... No entraste. *(El Merluza se concentra en su trabajo.)* Te esperé... *(Pausa; sonrisa incierta.)* Y ya que no entraste, tampoco pudiste darte cuenta que hasta me puse, anoche, una camisa de dormir especial... La camisa que usé en mi primera noche de... *(ríe vagamente)* “amor”. Después, mi marido me la hacía poner en nuestros aniversarios. Un camión largo, celeste, con dos rosetas, aquí, sobre el escote... Un camión que mantiene el olor de los pinos de San Esteban... Mi marido opinaba así, al menos... Que guardaba el aroma de nuestra primera noche bajo los pinos de San Esteban... Con las olas del mar rompiendo muy cerca, casi a nuestros pies... Y la luna... La luna eterna, *(sonríe)* una luna intrusa y amiga, presenciando nuestra... “pasión”... *(Espera.)* ¿Lo creerías tú, Beto? ¿Que yo sería capaz de eso? ¿De una noche de pasión bajo los pinos, con sólo la luna de testigo, y el camión celeste de almohada? *(Se lleva la mano a la frente.)* No parecería, ¿no es

cierto? Eso es lo que te hace tan injusto: que no crees que eso es posible, o que ya no sea posible. ¿Porque tú crees que ya no es posible, no es cierto? (*El Merluza trabaja. Un gesto vago, huido; una sonrisa incierta; un breve desvanecimiento.*) Que una solterona como yo, ¡oh Dios!, se despoje de su pudor y abra sus brazos al amor... Con sólo el aroma de los pinos de testigo... Y la luna intrusa... (*Lo mira.*) ¡Contéstame!... ¡Ni oyes lo que digo! (*Va sobre la radio y la corta con un ademán nervioso.*) ¡Contéstame! ¿Lo crees posible?

MERLUZA.- (*El Merluza ha terminado su silla. La levanta en el aire. La sacude en triunfo.*) ¡La terminé! ¡La terminé! ¡Ahora me gustaría invitar al Mario a que viera esto! ¡Le cerraría la jeta al pesimista! ¡Largueros firmes, bien ensamblados! ¡Respaldo duro, como se pide! ¡Firmeza en toda la línea! ¡Siempre se lo dije a Fabián! Lo que pasa con nosotros, loco —le dije— es que no sabemos comprar. Nos quejamos. Nos lamentamos. Partimos siempre de la base que no podremos comprar nunca lo que queremos. Nos pasamos todo el día... ¿Cómo dijo usted ayer? ¡“Autocondoliéndonos”! ¡Eso es! “Autocondoliéndonos”. Tiene gracia, ¿sabe?... “Autocondoliéndonos”. (*Sentencioso de pronto. Pomposo.*) ¡Para el que no sabe comprar, nada bueno le cabe esperar! Para el que no sabe adquirir, sólo le cabe... morir! (*Ríe.*) ¡Me salió verso, sin esfuerzo! (*Muestra la silla a Eva.*) ¿Le gusta?

EVA.- Me gusta.

MERLUZA.- ¡Mentira! Lo dice por una motivación secreta encerrada ahí, en esa cabeza suya. Lo dice por compasión. Conozco los síntomas en la voz. Conozco cada inflexión de la voz; cuando alguien habla por misericordia. Es la voz del que baja la mano para dar algo, que es distinta a la voz del que sube la mano para recibir. A ver, diga: “Me gusta tu silla”...

EVA.- Me gusta tu silla. (*El Merluza da un grito, de triunfo.*)

MERLUZA.- ¿Ve? ¡Ahí está! ¡Ese temblor incierto! ¡Usted me tiene compasión! (*El Merluza sacude la silla.*) Esta silla es horrible. Mal gusto. Mal armada. Los largueros no juntan. El respaldo se desarma. (*Comienza a desarmarla.*) Las piezas no ajustan. Se ve la mano sin clase. (*A cada ocurrencia va soltando una pieza de la silla hechiza.*) ¡Sin refinamiento... Chata... Primitiva... Ordinaria... De una concepción hecha por un hombre... del Pueblo! (*Bota al suelo los restos que quedan.*) Esa silla merecía estar junto a un fogón de trapos sucios a la orilla del río, y no en un bonito departamento de la Plaza España. (*Descansa.*) El fin de una quimera. (*Mira a Eva.*) Debí haberlo dicho, sin embargo.

EVA.- (*Tras pausa, con naturalidad.*) ¿Por qué iba a decirte algo que no siento?

MERLUZA.- Porque esto establece un abismo entre usted y yo, ¿comprende? Un abismo que es tan ancho como una vuelta a la tierra entera. (*Declamatorio, impersonal, sentencioso nuevamente.*) La piedad es el puente colgante roto que une la ira con una guata contenta. (*Sonríe con su sonrisa vacía en toda la cara.*) ¿Le gustó eso?

EVA.- ¡Oh, Dios, Beto! ¿Cómo debo tomarte? (*El Merluza la mira desolado.*) Te juro que no sé. Desde que llegaste te abrí la puerta de mi casa; te recibí en ella, con todo mi cariño. Procuré darte todo lo que tengo, pero tú persistes en... ignorarme. (*Durante todo el parlamento siguiente, El Merluza está allá en medio de la habitación, y mientras Eva habla, todo en él va tomando un aire desolado, como de niño culpable que recibe una reprimenda por una falta que ya no*

puede reparar.) Te hablo con cariño y me respondes con una ironía. Quiero ser sincera contigo y me rechazas diciendo que miento. Hago lo posible por borrar entre nosotros todo signo que te recuerde tu pobreza, pero insistes en recordártelo... *(El Merluza comienza a temblar. Es el niño desamparado que tiene frío, que tiene miedo. La mínima expresión, disminuida y triste, del niño de las ruinas, hambriento, desvalido.)* No soy esa mujer rica, desalmada y frívola que pareces ver en mí. Soy una pobre mujer sola. Muy sola, Beto... Una mujer ávida de amistad y cariño... Te ofrezco mi corazón, Beto. *(Va sobre él y le toma la cara. El Merluza tiembla. Un temblor que lo estremece y que no puede controlar.)* ¡Oh, mi amor, cálmate! ¡Tu mujercita está aquí contigo y te va a dar todo el calor que te han negado! *(El Merluza mira ante sí al vacío.)* ¡Beto, mírame! ¡Estoy aquí!... Te quiero, ¿me oyes? Te quiero... *(Lo sacude.)* ¡Mírame! ¡Por amor a Dios, mírame! *(Lo sacude más violentamente.)* ¡Te estoy hablando! ¡Escúchame! *(Lo estremece.)* ¡Escúchame, maldito! *(Nada. Cae a sus pies. Lentamente El Merluza deja de temblar. Están así un largo rato. Sigue sonando "El vals de las libélulas", en el vacío.)*

MERLUZA.— *(Después de pausa.)* Todavía no me ha dicho cómo me queda la tenida de tenis. *(Lo dice sin mirarla, con los ojos clavados en el vacío. Eva lanza un grito.)*

EVA.— ¡Ohhh! ¡Tu soberbia es tan grande que no quieres que te ayuden! *(Eva se levanta. Iracunda.)* ¿Nadie se puede acercar a tu preciosa persona, eh? ¡Bueno, yo te voy a decir lo que pareces en esa tenida! *(Toma las flores de papel y los demás objetos de papel y se los lanza a medida que habla.)* ¿Sabes lo que pareces? ¡Un monigote ridículo y grotesco! ¡Ni siquiera pecho tienes! Ni siquiera espalda tienes. *(Espera su reacción, que no se produce.)* ¡Tú no tienes espalda. Tienes joroba! *(Espera. Con voz desfallecida.)* ¡Tú no tienes músculos! Tienes... ganchos... *(Larga pausa.)*

MERLUZA.— *(Lejano, muy tenuemente, como recitando.)* Y entonces desde la espesura, salió volando un pajarillo. Voló un instante sobre el verde follaje...

EVA.— ¡Oh!...

MERLUZA.— ...Sobre las escenas llenas de luz. Vuela, pequeño Corsario, le dije *(Eva se tapa los oídos.)* Vuela pajarillo... *(El Merluza la mira con sonrisa misericordiosa. Se sienta junto a ella. Sentencioso.)* El amor es la tregua entre dos agotamientos. El amor es la dentadura rota en una boca hambrienta... ¿Qué me dice? ¿Le gustó?

EVA.— *(Lo mira con ojos llorosos.)* Quiero que te vayas. *(El Merluza la mira perplejo.)*

MERLUZA.— ¿Me está echando afuera?

EVA.— Sí.

MERLUZA.— ¿Y qué voy a hacer?

EVA.— ¡No me importa! ¡Ándate!

MERLUZA.— Se lo dije al Mario... Le dije... Esa gente que vive en los departamentos de la Plaza España, a la primera contrariedad, se escabullen en una buena sinfonía o en la procesión del Carmen. *(Se levanta.)* ¿Sabe lo que vi hacer una vez a un mono en el circo? Ese mono trataba de llegar donde su mona, pero no podía, porque los habían separado en jaulas diferentes y se lo impedían los barrotes. Sería como la una de la tarde cuando lo vi tratar de allegarse junto a ella por primera vez. En la noche todavía no lo había

conseguido, pero segura tratando. Tenía el pecho todo sanguinolento y los dientes mellados contra los fierros, pero aún persistía. Cuando al fin lo consiguió, fue al día siguiente, cuando llevaron a la mona al sepelio de su compañero... Triste, ¿no?... *(Tiene ganas de conversar. Se sienta a los pies de Eva. Cruza las piernas en actitud hindú.)* Ése es amor, ¿ve? Eso, naturalmente, siempre que el amor aún exista. San Simón, el tonto del Puente de la Constitución, dice que no. En verdad, tampoco lo dice, siquiera. Uno no hace más que deducirlo, dada su actitud tan... peculiar. ¿Sabe lo que hace, o lo que no hace? Se está sentado noche y día, sobre el pretil del puente, mirando el agua que pasa. Si uno le habla: nada. Si uno lo puncetea: nada. Si uno le grita: ¡Uuuuuuh!: nada. Simplemente ya no le interesa nada. Ha llegado a ese estado de absoluto renunciamento a la vida donde ya ni siquiera la lucha es posible. Dicen que un día una paloma hizo nido en su sombrero y que no se dio cuenta. Es leyenda, naturalmente, pero ilustra la situación, ¿no cree?

EVA. — ¿No oíste lo que pedí?

MERLUZA. — ¿Qué?

EVA. — Que te fueras...

MERLUZA. — ¿Usted cree eso? ¿Qué hemos llegado a ese punto de desnutrición espiritual, donde ya ni siquiera la lucha es posible? *(Eva se levanta. Da un grito y huye hacia el dormitorio. Se encierra en él. El Merluza la mira huir. Se acerca a la jaula.)* ¿Lo crees tú, Corsario? *(La columpia a manotazos.)* ¿Que hemos llegado a ese punto de desamor donde ya ni siquiera el amor es posible? *(Le da golpes más violentos. La jaula casi golpea el techo. Como en una entrevista, ridiculizando los clichés.)* “¿Lo cree usted, señor Cariconto? ¿Que el alma humana se encuentra en un lamentable estado de postración espiritual donde ya ni siquiera la confianza mutua es posible? ¿Lo cree usted, señorita Sonrisa?”. *(Da un manotón a la jaula.)* ¿Lo crees tú, pájaro maricón? ¿Ah? ¿Qué dices? ¿No crees tú, que volarte, así, de la pieza, sin despedirte siquiera, fue una mariconada muy grande, pájaro cabrón? ¿Qué dices? ¿Ah? *(La jaula se destroza contra la pared.)*

ESCENA SEXTA

(La noche de ese día. Ya en la habitación no queda nada del decorado inicial. Todo está revuelto. Todo patas arriba. La cortina ya no está. En vez de ella, cuelgan pantalones de hombre. De esquina a esquina cuelgan guirnaldas hechas de camisas de hombre atadas de las mangas, entrelazadas de otras, hechas de enaguas y corpiños atados. Muebles han sido compuestos con trozos de los muebles primitivos, unidos por retazos de chalecos de lana, frazadas y colchas desgarradas. Las lámparas que colgaban están de pie. Las que estaban de pie cuelgan. Los muros están cubiertos de dibujos y figuras infantiles hechas con tizones de corcho quemado: “El Gato”, “El Malo”, “La Mano”, etc... También hay dichos: “Yo soy bueno”, “Cristo es Rey”, “Dios está a mi diestra”, “Viva Yo”. En esencia, nada está en su lugar. Lo único que guarda alguna apariencia de arreglo premeditado son las flores de papel. Grandes flores de papel, nuevas y más

numerosas, que cuelgan profusamente de las guirnaldas, de los muros, que cubren los rincones. Eva, de pie en medio del desorden, se deja probar un vestido de novia, que El Merluza acomoda sobre su cuerpo con solícito cuidado.)

MERLUZA.— (*Clavando alfileres; sujetando ganchos.*) ¿Ve usted? ¿Ve usted cómo con un poco de esperanza, un poco de buena voluntad, valía la pena escarbar el viejo baúl? Un poco apretado estaba, es cierto, un poco arrugado, pero debemos concederle que nunca sospechó que alguna vez le tocaría... Una segunda oportunidad, ¿no cree? (*Se aleja. Mira su obra.*) ¿O fue por una primera que nunca fue? (*Ubica un pliegue.*) ¡Ahí está! ¡Eso es! Un poco apretado en las caderas, tal vez. Por culpa de las féculas, o los años... O los descuidos; pero pasa la prueba, ¿no? (*Ubica otro pliegue. El sastre que habla a su cliente, íntima, sugestivamente.*) No debimos meterlo tan hondo en el baúl. Yo entiendo: por un tranvía que pasa, una mano sugestiva que saluda a la huida, o una palabra que no se dijo, o toda, toda, toda la imaginación que se fue por la alcantarilla, lo condenamos a la hondura del baúl, pero, ¿y las campanas? ¿Las pequeñas campanas?... ¿Y las risas a la entrada de la iglesia?... ¿Y el beso furtivo en la mejilla? “Adiós, María, ¡ique seas muy feliz!”. “¡Que te vaya bien!”. ¿No cuenta eso también?... No debemos ser tan rotundos con el tiempo; los objetos también tienen derecho de tomar venganza. No podemos esperar que todo tome su justa ubicación, si no le ayudamos un poco, ¿no cree? (*Se aleja nuevamente. Algo no le gusta en el conjunto. Rasga un costado del vestido.*) Tal vez es cuestión de rasgar un poco la tela, para ver la carne. (*Rompe un trozo de la cretona del sillón, y parcha con ella el trozo de tela desgarrada. Sonríe.*) ¡Las noviecitas! Las he observado. Metido bajo el arbusto del crespón, en el parque, al frente de la iglesia; las he visto... Las he mirado. Ni que tuviera algún sentimiento torcido, parecido a la envidia, o algo así, ¡no! ¿Por qué iba a tenerlo, cuando tenía bastante papel y tijeras a mano? (*Rasga otra parte del vestido y le parcha otro trozo de tela de cretona.*) Vienen caminando por la hierba alta, casi sin poner los pies, como si flotaran sobre las espigas de las teatinas... Como si vinieran vibrando por sobre la pradera húmeda. Un paso cadencioso, todas radiantes, en suaves ondulaciones blancas, serpenteando entre los troncos de las encinas... Directo, hacia las gradas irradiadas de sol... Directo hacia la mano enguantada... (*Le habla al oído.*) Y ahí, en ese mismo momento, ante las miradas lascivas de todos los enanos horribles, escondidos tras los ladrillos de los muros, ocultos bajo el atrio en sombras, las he visto... ¡Las he visto! (*Se ahoga. Tiembla.*) ¡Las he visto... Abrir... Los pétalos de sus cuerpos... Y ofrecer! ¡Imagínese! ¡Ofrecer! ¡Ofrecer!... (*Se calma.*) Sus corolas vírgenes a la consumación del amor! (*Un grito ahogado.*) ¡Oh Dios! (*Se controla, vuelve a su tono de chanza. Desgarra una manga. La reemplaza por otra manga que hace de una tira de papel.*) Hay algunos que tienen otra visión del asunto, naturalmente. Fabián, por ejemplo. Un día estaba con él, bajo el arbusto. Se acababa de levantar, por ahí, unas latas de erizos y nos disponíamos a tomarle el gusto... (*Recorta el ruedo de la falda a tijeretazos.*) Debo advertir que Fabián tiene una manera especialmente ruidosa de mover la boca cuando come.

¡Una manera, así, arrastrada de mascar, como si tuviera miedo de que los alimentos se fueran demasiado rápido hacia los intestinos y se le terminara demasiado pronto el placer de la de-gus-ta-ción! El hecho es que yo no sé si fue esa manera suya de mascar, digo, o mi particular estado tenso, ese día... O la piedra bajo el codo... Porque se me había metido una piedra bajo el codo... ¡Una maldita piedra! El hecho es que yo no sé si fue esa manera de mascar suya, como ya dije, o la piedra, o mi particular estado tenso, ¡el hecho es que Fabián me irrita! ¡Me irrita hasta la locura, debo confesarlo! No sé si sería eso, digo, o lo otro... La insolencia del tipo, ¿me comprende?... Su brutal, su bestial insensibilidad, o su manera de mascar, o la piedra, o mi particular estado tenso... El hecho es que mirando hacia la iglesia, digo de pronto: “¡Mira!”... Y él me contesta: “¡Ésas zorras!”... “Ésas zorras”, ¡imagínese!... Recuerdo que miré su jeta y vi el jugo de los erizos que bajaba de las comisuras de su boca... Y sus ojos inyectados en sangre, ¿me comprende? y su ruidosa, desagradable, bochornosa manera de mascar. El hecho es que algo se produjo dentro de mí, ¿me comprende? un particular estado de tensión incontrolable... Y agarré la otra lata de erizos que estaba abierta, pero no comida... ¡Y se la estampé... Se la grabé, se la atornillé, con lenguas de erizos y todo, en su sucia jeta! *(Esto último a gritos. Se calma. Casi angelical.)* En ese momento sonaron las campanas de la iglesia y sentí que había hecho lo que debía hacer, ¿me comprende? Que había cumplido con mi deber... Porque tipos como Fabián no conocen, no intuyen, no conciben el alcance... la totalidad maravillosa que significa la en-tre-ga de la vir-gi-ni-dad. *(Acentuando las palabras con falsa fonética, vacía enteramente de sentido.)* La más espléndida... oferta... al... amor. *(Rie. Divertido.)* ¡Amar, que es un puente roto, con un diente roto, con una manivela rota, que gira por los cuatro confines, rompiendo cráneos!... Amor, ¡que es un perro con tres patas!... Que es un vagabundo con una sola mano y dos plátanos... *(Ha roto gran parte de la falda y la está reemplazando con trozos de la cortina y pedazos de su propia camisa, que ha desgarrado. La mira. Preocupado.)* ¿Qué le pasa? ¿Está tiritando? *(Eva tiritando, con el mismo temblor de El Merluza.)* ¿Tiene frío? ¿Tiene calor? ¿Qué es? *(Pausa. Espera.)* ¿Tiene deseos de dar una caminata con el novio feliz, por la playa? ¿Recogiendo conchitas? ¿Tomados de la mano, recogiendo vírgenes blancas?... Discutiendo el número y el sexo, y el número y el nombre, y el número y el sexo de los hijos que la espléndida oferta les va a dar... Discutiendo la posición de los muebles... De las cretonas... De los colores... De los “nomejoraquí” “nomejorallá”... De las formas... De las cretonas... De los muebles... *(Su voz va creciendo, en aceleración incontenible.)* De las posiciones de las cretonas, de las formas, de los números, de los hijos, de los muebles... De las formas... Hablando del amor... Amor con A, con M, con R, con U, con lengua, con todo, con fuerza, sin fuerza... Las posibilidades de ser, de alcanzar, de huir, del amor, de la soledad... de la muerte. ¡Con lengua! ¡Grita! ¡Llegar! ¡Llegar!... ¡Llegaaar! *(Pausa. Frío.)* ¿Es ese el secreto que guarda la hielera? *(Del vestido de novia, sólo queda ahora el velo. El resto son guñapos.)* Ahora somos dos hermanitos. *(Se arranca del cuerpo el resto de camisa. Se cubre la cabeza con una*

roseta de papel, de la que cuelgan largas tiras a modo de corona y que le llegan hasta la cintura. Toma una madera de mueble a manera de lanza y la blande.) ¡Soy “Ukelele”, el guerrero simba! *(Gira alrededor de Eva haciendo muecas divertidas.)* ¡Akú! ¡Azahamba! ¡Humbel!... ¡Tekeke!... ¡Takamba!... ¡Tumba! *(La mira como un orangután curioso podría mirar a su presa. Acerca la cara a la de Eva.)* *Comment allez vous, madame?... (Eva trata de hablar.)* ¿Sí?

EVA.— *(Con esfuerzo.)* Yo...

MERLUZA.— ¿Sí?

EVA.— Yo...

MERLUZA.— ¿Sí?

EVA.— Yo sólo...

MERLUZA.— ¿Usted sólo, sí?

EVA.— Yo sólo...

MERLUZA.— ¿Sí?

EVA.— Yo sólo... *(Trata. No puede. Desiste.)*

MERLUZA.— Usted sólo quería querermme y que yo la quisiera. ¿Es eso? *(Eva asiente débilmente.)* Sí, pero es tarde para eso. “Ukelele” tiene sus tripas en las manos y ya no sabe qué hacer con ellas... *(Pone una de las grandes flores de papel en el escote de Eva, que le cubre casi toda la cara. Enlaza su brazo en el de ella.)* ¿Vamos? *(Suenan golpes en la puerta. Grita.)* Sí. ¡Ya vamos! *(Mira a Eva con solícito cuidado, como novio muy considerado.)* ¿Está lista? *(Eva asiente. De nuevo con su modo de hablar rimbombante, vacío, sentencioso.)* Como ve, es de la mayor importancia haber entendido el juego. Creer el uno en el otro. Confiar mutuamente. Renunciar a su propia identidad en beneficio de la identidad del prójimo, hasta que la identidad propia y la identidad del otro y la propia identidad... Propia... Identidad... Del prójimo... Identidad... Propia... ¿no cree? *(Eva asiente. Resuenan los sones de la Marcha Nupcial de Mendelssohn. Inician la marcha; “Ukelele”, muy tieso, patético casi en su dignidad, desnudo, cubierto sólo de tiras, en la cabeza la gran corona de tiras de papel. Eva, a su lado, tomada de su brazo, ausente, bajo su inmensa flor de papel, sólo el velo hermoso es real en ella.)* Antes que lleguemos allá, creo que debo ponerla al corriente de la geografía del río, de los peligros que ella ofrece. Hay, por ahí, unos bajos engañosos por los cuales, en las noches de plenilunio, cuando el río viene cuajado de muebles rotos, mucha gente al caer, se ha roto el espinazo... *(Salen. En la habitación reina ahora el desorden total. Nada está como era. Sólo queda en ella la nueva belleza... Las toscas, enormes, casi deformes flores de papel.)*

TELÓN FINAL